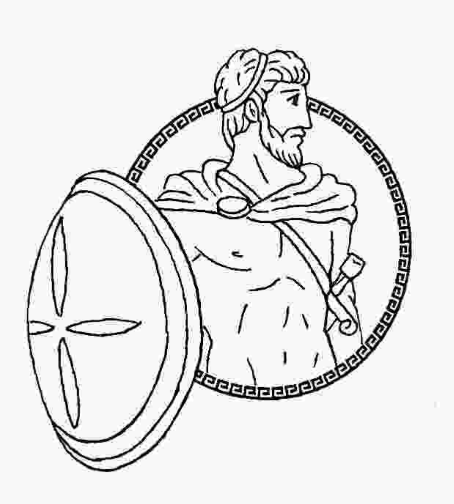
JASÓN

Y EL TRONO DE YOLCOS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8899-8
Depósito legal: B 9217-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

El palacio de mis padres, de blancos corceles,
humildes ciudadanos, indicadme a las claras.
Porque como hijo de Esón, natural del país,
no vengo a la tierra extraña de otros.

Píticas, Píndaro, IV

Dramatis personae

Los mortales

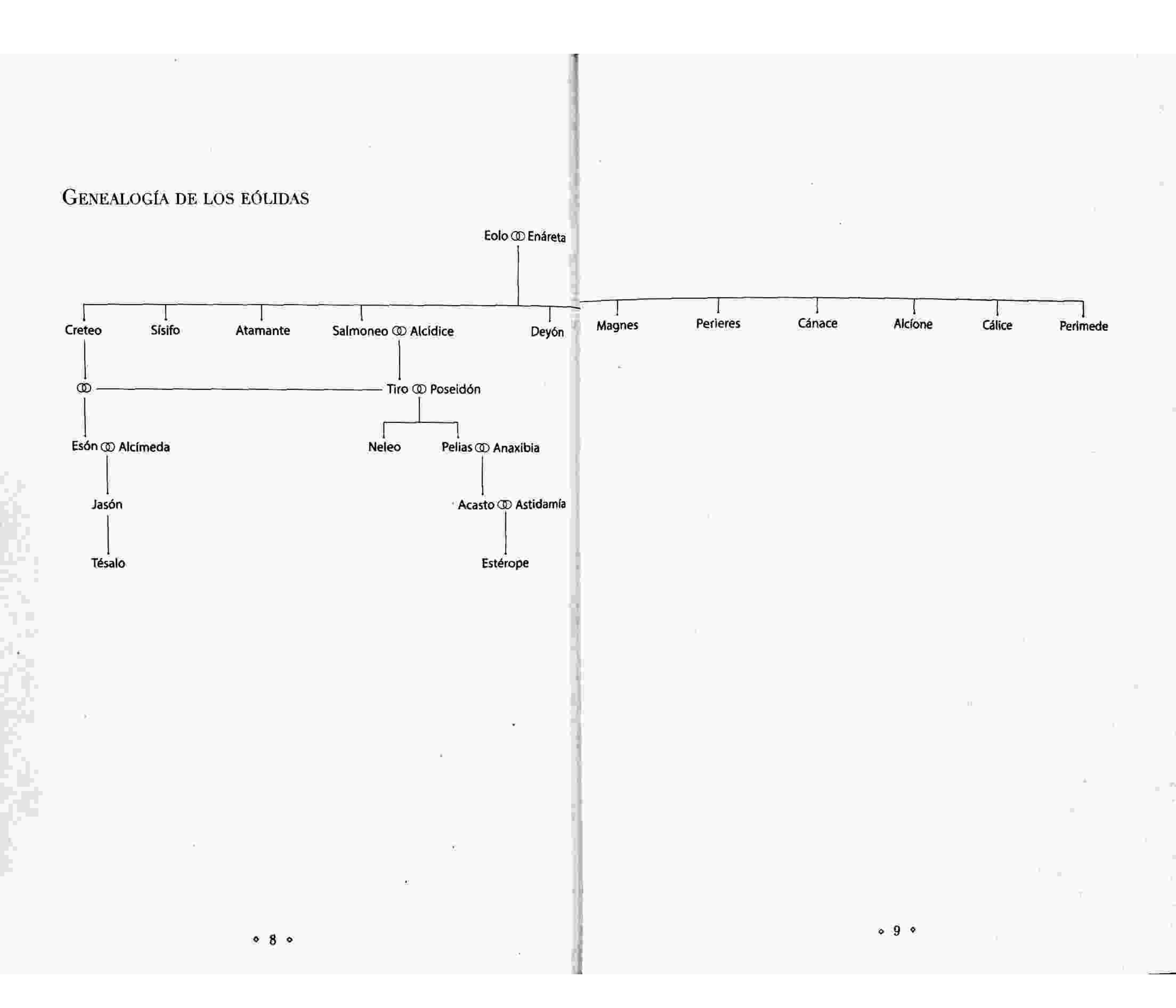
Jasón – hijo de Esón y Alcímeda, regresa a Yolcos para recuperar el trono desde el exilio en Corinto.
Tésalo – hijo de Jasón, acompaña a su padre en la toma de Yolcos.
Creteo – fundador de la ciudad de Yolcos, es hijo de Eolo y Enáreta.
Esón – hijo de Tiro y Creteo, destronado por su hermanastro Pelias.
Pelias – usurpador del trono de Yolcos, es hijo de Tiro y Poseidón, que fecundó a la reina transfigurado en el dios río Enipeo.
Tiro – esposa de su tío Creteo, es madre de Esón y también de Pelias y Neleo, estos últimos, fruto de su unión con Poseidón.
Acasto – hijo de Pelias, desterró a Jasón y tomó el trono de Yolcos.
Astidamía – esposa de Acasto, que provocó la muerte de la mujer de Peleo.
Estérope – princesa de Yolcos, hija de Acasto y de Astidamía.

Peleo – rey de Ftía, uno de los antiguos argonautas, al frente del ejército de los mirmidones que ayudan a Jasón en la toma del trono de Yolcos.
Dioscuros – Cástor y Pólux, hijos de Leda y Zeus, formaron parte de la expedición en busca del vellocino de oro y acompañan a Jasón en la recuperación del trono de Yolcos.
Mirmidones – pueblo guerrero que acompaña a Jasón en su aventura para reconquistar su reino.

Los inmortales

Hera – reina del Olimpo, protege a Jasón y a su estirpe.
Poseidón – dios de los mares y los ríos, padre de Pelias.
Quirón – sabio centauro, preceptor de Jasón y de otros grandes héroes de la Hélade.

Genealogía de los eólidas



1

La estirpe del héroe

La luz intensa del verano se reflejaba en sus pupilas. Los filamentos largos y delgados de los cables que unían las velas a los mástiles le habían anunciado que pronto había de producirse un cambio en el curso de sus días. La figura imponente de Jasón se mantenía al filo de los escarpados precipicios que bordeaban el istmo de Corinto. Erguido sobre el acantilado en el que se había detenido para otear el horizonte, el legítimo heredero del trono de Yolcos contemplaba la celeste luminosidad del cielo estivo reflejarse sobre las aguas. Sus pasos, ahora lo sabía, lo habían llevado hasta allí para observar el mar que rompía contra las rocas, para calcular la fuerza de las corrientes, las longitudes de las olas, las orientaciones y los giros de los vientos. Muchos años atrás, había comandado la célebre nave Argo en un viaje ya legendario: la búsqueda del vellón de oro. Desde el puerto de Págasas hasta las costas de la Cólquide, con una tripula-

ción compuesta por los más destacados héroes de su época, hijos de reyes y dioses, Jasón y los argonautas, como así los llamaron, se enfrentaron a la furia de los eternos tratando de sortear las amenazas que escondía el mar, pues nadie había osado realizar aquella travesía antes. Trataba de recordar cómo consiguió sortear las dos rocas Cianeas, que se unían y se separaban con un terrible estruendo; cómo, una vez en la Cólquide, se las ingenió para recuperar el vellón de oro y tuvo la valentía de cruzar de nuevo los mares hasta Yolcos. Las heroicas pruebas que superó en aquella empresa le proporcionaron la fama que desde entonces acompañaba a su nombre: «Jasón, el esónida, hijo de Esón y Alcímeda». Aquellas voces resonaban en su mente. Así debían de pensar en él los habitantes de la ciudad de Corinto, donde ahora se hallaba desterrado. Las mujeres de los mercaderes lo señalaban discretamente cuando cruzaba el ágora, y los niños lo seguían a fervorosa distancia, simulando ir vestidos con pieles de pantera para emular las andanzas de aquel intrépido aventurero.

Descendió de la altura de los peñascos que lo tentaban a arrojarse al vacío. Anticipaba el encuentro con su hijo, musitaba palabras mientras seguía su marcha por el declive calcáreo. No sentía dolor alguno cuando las zarzas arañaban sus piernas, ni notaba los golpes de los guijarros que cortaban sus pies. Marchaba precipitadamente colina abajo, hacia la puerta de poniente que se abría en la protectora muralla de Corinto.

Entró y lo saludaron los vigías que sabían de sus frecuentes paseos al otro lado de la muralla. La mayoría de los soldados estaban avezados a ver que llegaba con la barba y la cabellera enmarañadas, descalzo, con el torso desnudo quemado por el sol. Pero en esta última ocasión, tras haber permanecido ausente muchas jornadas, durmiendo a la intemperie y alimentándose de raíces y de tubérculos silvestres, no pudieron ocultar su asombro ante el que fuera el comandante de la Argo.

Continuó caminando, ajeno al interés que suscitaba. Sin embargo, antes de dirigirse en busca de su vástago, se detuvo. Transpiraba. Una punzada le recorrió el pecho como un rayo, un dolor sordo se posó en su hombro unos instantes. Sintió como si una culebra se enroscase en su brazo y le hincase los colmillos. Pero no había nada. Sus ojos se anegaron de gotas de sudor. La vista se le nubló y cerró los párpados. Jasón se cubrió enteramente el rostro con las manos para serenarse. Tomó aire con un leve quejido y continuó caminando, pero cambió de rumbo para dirigirse hacia el puerto. Fue aminorando el paso hasta que pudo escuchar las olas que batían lentamente contra los cascos de las naves. Frente a él apareció la sombra oscilante de los mástiles de la Argo.

Contempló aquella nave con la que en otro tiempo atravesó el estrecho del Helesponto, de cuyo casco pendían algas y moluscos bajo el agua. Se zambulló y arrancó con las uñas algunas de las lapas. Las masticó y sorbió las pequeñas conchas cónicas que adornaban su bajel y luego se sumergió para comprobar que la quilla permanecía intacta. También la Argo había padecido los embates de las mareas y las lluvias, como él había resistido las tempestades del exilio y el duelo por la terrible muerte de sus hijos. Buscando alejar esos pensamientos, golpeó el costado de su barco con la palma de la mano, como quien alienta a un caballo fiel que comprende los mínimos gestos de su amo. Finalmente, subió a bordo para secarse. Se tendió en la cubierta y se dejó mecer escuchando los crujidos de la madera que provocaba el vaivén continuo

de las olas. Entornó los párpados y se concentró en el silbido de la brisa y en la vibración de los obenques. Se adormeció dulcemente tendido sobre la cubierta caldeada por el sol. Súbitamente, cuando ya iba a rendirse a un sueño más profundo, le embargó de nuevo la sensación de que aquella misma culebra incorpórea que antes lo atacara en el camino se enroscaba otra vez a lo largo de su brazo. Sintió como si le inoculase un veneno mortal que le iba paralizando el cuerpo lentamente. Se agitaba tratando de no perder por completo la movilidad, pero sus piernas y sus brazos se pusieron rígidos y su abdomen y su tórax se tensaron como rocas. Oyó un fuerte chasquido. Entonces abrió los ojos y vio cómo caía uno de los mástiles precipitándose sobre él. Un segundo antes de que aquel madero lo aplastara, Jasón rodó sobre su propio cuerpo y lo esquivó cayendo al agua. Movió los brazos y las piernas para mantenerse a flote y recuperó la movilidad que parecía haberle arrebatado aquella víbora imaginaria.

⋄⋄⋄

Encontró a Tésalo en el gimnasio, ocupado junto a uno de sus compañeros en ejercicios de lucha. Al ver llegar a su padre, se concentró aún más en el combate, pues sentía la necesidad de demostrarle que era digno de la estirpe de los eólidas, los descendientes del rey Eolo. Solo cuando la espalda de su adversario estuvo en el suelo, salió triunfante al encuentro de su padre. En la constitución atlética del joven y en su rostro se reconocían los rasgos de sus antecesores. Bajo la rectitud y la proporción escultórica de su nariz asomaba el vello incipiente que anunciaba el comienzo de la edad viril. De inmediato, el hijo se dio cuenta de que el

héroe traía en la mirada la potencia implacable de los vientos. Se abrazaron con fuerza y Jasón lo agarró del hombro bruscamente.

—Ha llegado el momento de regresar a Yolcos —dijo sin preámbulos.

—Hace tiempo que lo esperaba, padre —contestó Tésalo.

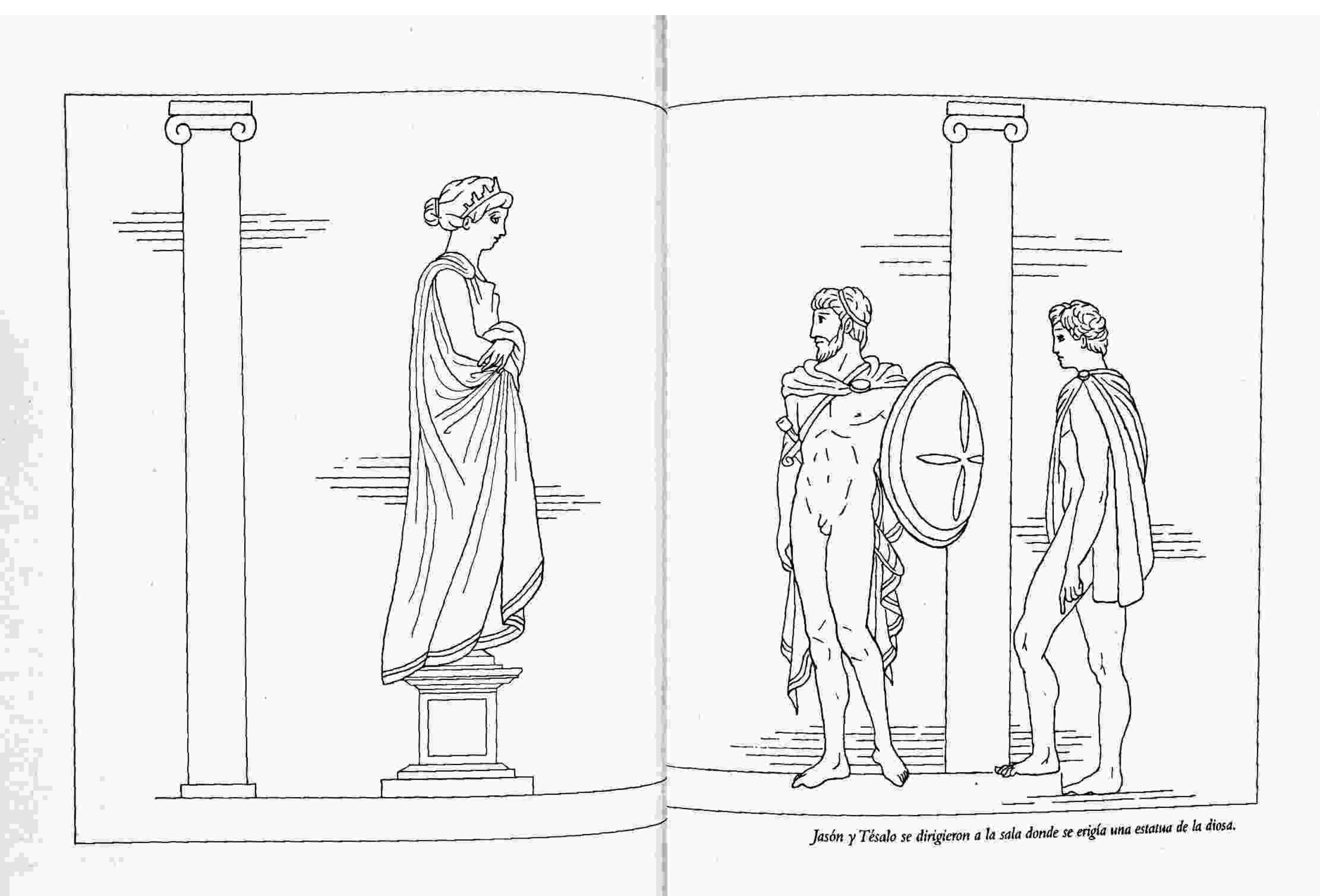
—Debes morar en el palacio de tus ancestros, en el reino que fundó Creteo, el padre de mi padre. Aun así, debemos estar agradecidos a esta tierra extraña por su hospitalidad.

Mientras le hablaba, sus pasos atravesaron las murallas, en cuya puerta los esperaban tres jóvenes pastoras. Jasón las había llamado para que los guiaran a través de las calas bañadas por las aguas del mar Egeo hasta el templo de la poderosa Hera, diosa del matrimonio y esposa de Zeus, junto a quien reina en el Olimpo sobre mortales y dioses. Pasaron entre las columnas que conducían a la sala oscura donde se erigía una estatua de la diosa. Hera le había sido propicia en los momentos cruciales, explicaba Jasón a su hijo, por lo que debían mostrarle respeto y ofrecerle un sacrificio.

Un gran pájaro azul cruzó volando ante ellos y se posó en el centro de la cámara sin emitir el menor ruido. Padre e hijo permanecieron en silencio observando la belleza majestuosa de aquella ave, el azul intenso de su pecho. El gran pavo real, tras dar varias vueltas ceremoniosamente en círculos concéntricos, desplegó los cien ojos irisados de su cola. Jasón habló al oído de su hijo suavemente:

—Hera nos da la bienvenida.

Tocó a su hijo en el hombro y ambos se tendieron de bruces sobre el pavimento. El ave pasó caminando entre ellos y el eco de una voz femenina les susurró al oído que podían



Jasón y Tésalo se dirigieron a la sala donde se erigía una estatua de la diosa.

levantarse. Se incorporaron y vieron que el ave volaba de nuevo hacia la estatua y luego se sumergía en su interior, como si se perdiese entre el follaje de los bosques. La pétrea figura les pareció de carne, y creyeron vislumbrar un resplandor dorado que la envolvía. Entonces la voz les habló de nuevo.

—Cuando llevaste contigo a Yolcos el vellón de oro custodiado en la Cólquide, probaste que los dioses estaban de tu parte y que te reconocían como legítimo heredero. Pelias, hermano de tu padre y usurpador de su trono, incumplió su promesa de devolverte el reino, sobre cuyo trono se sienta ilegítimamente su hijo Acasto, siguiendo los pasos de su padre. Ya te dije una vez que estaría a tu lado en todo, pues él profanó mi templo. Debes volver a Yolcos y reclamar lo que te pertenece por derecho.

Bajaron la cabeza humildemente y se retiraron sin mirarla para salir del templo. A continuación, degollaron un cordero. Jasón ofreció la carne del animal a las hijas de los pastores que allí lo habían llevado y, como ya oscurecía, encendieron un fuego. Padre e hijo compartieron las vísceras del lechal y colgaron la piel entre las ramas de un olivo, para que aquel vellón inmaculado renovase el sentido de su viaje de regreso a Yolcos.

La hermosa figura de una de aquellas jóvenes pastoras que los acompañaban le trajo a la memoria las historias que se contaban acerca de la belleza delicada de su abuela Tiro, a la que nunca conoció, pero que reinó sobre Yolcos junto a Creteo, del que dio a luz a Esón, su padre.

—Qué ingratos son algunos hombres —exclamó, absorto en sus pensamientos—. Tu bisabuelo Creteo fue un rey noble y generoso. Aun sabiendo que Pelias no era sangre de su sangre, lo acogió y lo crio como a un hijo.

Tésalo lo miró expectante. Había oído hablar de Pelias, el rey que ocupó el lugar que correspondía a su abuelo Esón, pero los pormenores de la historia le eran ajenos, pues su padre se entristecía siempre al recordarlos, por lo que él nunca se había atrevido a solicitar más detalles sobre lo sucedido, por mucho que anhelara conocerlos.

Jasón, adivinando el deseo de su hijo, comprendió entonces que si Tésalo debía un día ocupar el trono de Yolcos, no podía seguir ignorando la historia de su estirpe. Acomodándose junto a la hoguera, se aprestó a relatársela.

◦◦◦

La joven Tiro, buscando los momentos de intimidad y quietud que perdiera al convertirse en la reina de Yolcos, solía dar largos paseos hasta el río Enipeo, en cuya orilla tomaba asiento, contemplando sus plácidas aguas. La calma que encontraba en aquel dios oceánida hizo que se sintiese profundamente fascinada por los cantos de sus aguas, y solo con la contemplación de sus ojos cristalinos se serenaban su ánimo y su cuerpo. En él creía encontrar el amor idílico que nunca antes hallara en ninguno de sus semejantes.

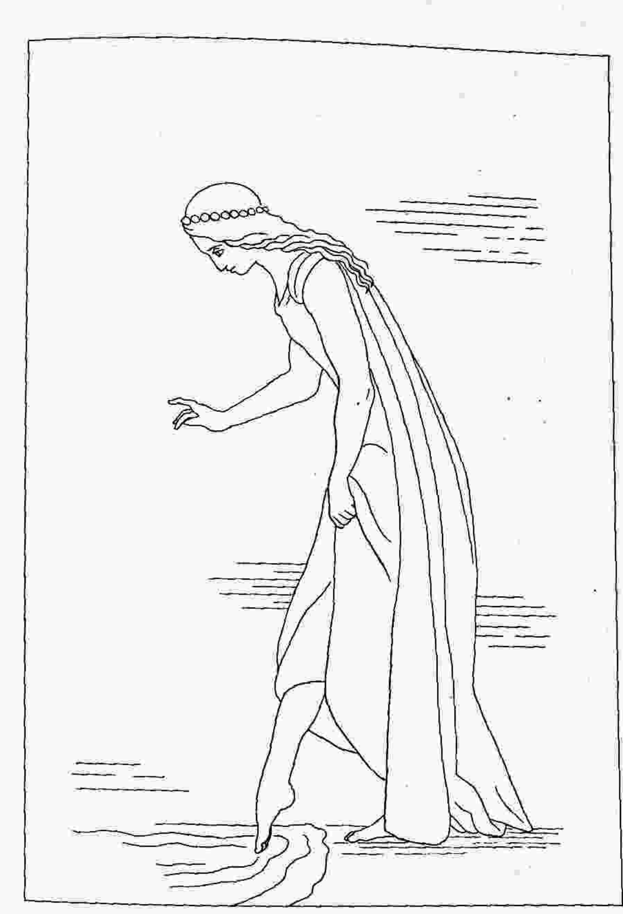
Las visitas al dios río fueron cada vez más frecuentes. Una de aquellas tardes en que Tiro acudía a solazarse con los arrullos acuáticos de su amado, de pronto callaron las cigarras y todo a su alrededor se detuvo por completo. No se movía ni una hoja. Era uno de esos días de canícula en la estación más cálida del año. Apenas podía respirar, la fina túnica de lino que vestía se adhería a su cuerpo impregnado de sudor y la ahogaba. Entonces Tiro se despojó de ella y se metió en las aguas del río para librarse del calor. Enseguida sintió que

una suave corriente la envolvía devolviéndole el aliento y haciendo desaparecer la presión que le oprimía el pecho. Poco a poco, el desfallecimiento que sentía se fue transformando en una sensación placentera, pues las aguas fluían delicadamente refrescando cada centímetro de su piel. Tiro tomaba porciones líquidas ahuecando la palma de las manos y bebía y se remojaba el rostro y la nuca con ellas. Disfrutaba con placidez de su baño, pero la fuerza del caudal comenzó a aumentar sin tregua, como si de los mares hubiese penetrado una corriente fría que traía los aromas de las algas. El río la abrazó llevándola hacia una violenta corriente que la arrastró hacia unas doradas playas que le eran desconocidas. Mientras Tiro trataba en vano de reconocer los contornos del litoral, escuchó una voz que murmuraba palabras en su oído.

—Dulce Tiro —susurraba la voz de una nereida, las ninfas de los mares—, Enipeo no merece tus desvelos, pues no te cree digna de su tímida corriente. Sin embargo, Poseidón, el señor de los mares, ha tomado su forma para complacerte.

Mientras trataba de esclarecer estas palabras, un remolino la empujó hacia el fondo y de nuevo sintió la corriente fría mezclarse con otras más cálidas, hasta que las aguas la volvieron a expulsar a la superficie. Tiro quedó flotando sobre las familiares orillas del río Enipeo con los cabellos extendidos, que una brisa salitre colmó de algas y flores marinas. Entonces sintió una fuerte punzada y se apresuró a salir del agua.

Cuando regresó a la orilla, su barriga estaba abultada y un líquido viscoso manaba de entre sus muslos. Se sentó bajo un árbol y trató de sosegarse. Notó un fuerte dolor y su cuerpo se vio sacudido por leves espasmos que la obligaban a separar las piernas, al mismo tiempo que el terror se



En la orilla del Enipeo, Tiro sintió que todo a su alrededor se había detenido.

apoderaba de ella al percibir la fuerza de un ser monstruoso en su interior. Podía notar cuatro pares de miembros agitándose y dos cabezas que empujaban para salir de su vientre. Sus muslos se mancharon de sangre y el dolor aumentó hasta que por fin vio asomar la cabeza de un pequeño.

Empujó hasta parir a aquella criatura y la colocó en su regazo. El neonato yacía sobre su cuerpo sin emitir ningún sonido. Lo levantó con ambas manos y lo sacudió levemente para que respirara, pero el pequeño no reaccionó. Frotó su rostro con las manos para limpiarlo. Luego masajeó su pecho con los dedos pulgares y, al fin, el pequeño emitió un vagido y empezó a mover los brazos con los puños cerrados como si se defendiera en un combate. Tiro lo abrazó con lágrimas en los ojos y sintió cierto alivio, pero el dolor volvió. Entonces comprendió que una segunda criatura luchaba por salir y volvió a empujar con las míseras fuerzas que le quedaban. El segundo hijo del río se resistía a ingresar en el mundo de los mortales, de modo que Tiro se levantó sin soltar al primero. Trataba de obligarlo a cambiar de posición. Apoyó la espalda en un árbol y se ayudó con la mano que tenía libre. Presionó con la palma sobre su vientre como si diese forma a una bolsa de arcilla que se fuera vaciando muy despacio. Perdió la noción del tiempo. La luz del sol fue descendiendo mientras duró aquel trance hasta que, al fin, vio nacer al segundo varón y se tendió de nuevo en el suelo para albergarlos juntos en su seno.

A lo lejos se oía un estruendo que se acercaba hacia ella cada vez más deprisa y la tierra empezó a temblar con una vibración que le hizo comprender que se acercaba una manada de caballos al galope. Los dos recién nacidos lloraban

sobre su vientre y con sus propios dientes cortó el cordón de sus ombligos. Los pequeños lloraron con sus limpias voces estridentes. Precipitadamente, los envolvió con un trozo de tela que rasgó de su propia túnica y echó a correr para escapar de los caballos que se acercaban en tropel. Desconcertada, pensaba que Creteo acabaría con su vida si acudía a palacio con los gemelos. Miró en todas direcciones y encontró una arqueta de madera tirada junto a la orilla. La agarró y depositó a los dos niños en ella antes de que nadie se percatase de su presencia. Entonces corrió a ocultarse detrás de unos arbustos. La manada de caballos ya había llegado a la altura en que los niños se encontraban y, desafortunadamente, una yegua había golpeado el arca con una de sus patas. Arrepentida, sintió el impulso de volver a recogerlos, pero tras los caballos vio llegar a cuatro jinetes que conducían la manada. Tiro permaneció oculta para ver si aquellos hombres reparaban en la presencia de sus dos recién nacidos. Uno de ellos desmontó alertado por los llantos que parecían provenir del interior de aquel cofre. Al abrirlo descubrió estupefacto a los gemelos, y, fijándose en la herida que mostraba en el rostro uno de ellos, se dio cuenta de lo que había ocurrido. Los yegüeros agarraron a los dos hermanos y montaron de nuevo en sus caballos llevándolos consigo. Tiro lloraba y se mesaba los cabellos. Anduvo en varias direcciones dejando que sus pies la llevasen sin saber adónde ir. Finalmente, sus piernas se doblaron y su cuerpo se desplomó sobre la hierba, a la vera de su río enamorado.

◇◇◇

Despertó después de un largo sueño. Tiro se encontraba en uno de los atrios interiores del palacio de Creteo. Cuando

abrió los ojos, vio dos pequeños pájaros que bebían de una pila de agua y observó cómo se remojaban y agitaban las alas con un leve chapoteo. Aquel murmullo le recordó el arroyo donde solía bañarse y se sonrió pensando que todo lo ocurrido en el río había sido producto de su fantasía. Sus cabellos trenzados y sus ropas estaban impolutos y no sentía el cuerpo roto como en su sueño lo sintiera, pero algo extraño les sucedía a sus brazos y a sus manos, pues su piel ya no era tan lozana y tan tersa como antes. Levantó la mirada y observó el color ocre de los muros iluminado por el sol de media tarde. Vio las sombras movedizas de dos jóvenes que luchaban entre ellos. Entonces percibió el griterío que los dos chicos producían ejercitándose como púgiles. Tiro despertó por completo al ver que su nodriza, que nunca se había separado de ella, se acercaba a los muchachos y les reprendía con gritos por el alboroto que formaban. La espalda de la anciana estaba más encorvada de lo que recordaba, y las articulaciones y los huesos de sus dedos se habían deformado colmándose de bultos.

—¡Pelias! ¡Neleo! —exclamó para llamarlos al orden, amparándose en su edad y la confianza que Tiro le había siempre otorgado.

Y de pronto, la somnolienta reina comprendió que aquellos dos adolescentes guerreros no eran otros que los hijos que hacía un momento ella arrullaba en su regazo.

Al verla despierta, un apuesto joven, apenas pasada la edad viril, se arrojó a sus brazos. Esón abrazó a su madre mientras su padre, el anciano rey Creteo, agradecía entre lágrimas a los dioses el haberle devuelto a su esposa, a la que amaba profundamente, para que con su presencia aliviara los últimos años de su vejez.

2

Conjurados contra Acasto

A pesar de que el viento y la lluvia arreciaban, Jasón había mandado encender una serie de fogatas en la cima de las lomas y de los cerros más altos de la ciudad, pues tenía el propósito de congregar a todos aquellos griegos leales a su causa. El propio Jasón había hablado con los representantes de las más nobles familias en el ágora y pactado con ellos que todos los jóvenes que quisieran unirse a su viaje para reclamar el trono de Yolcos podrían convertirse en súbditos de su reino si así lo deseaban. Con la promesa solemne de hermanar a los dos reinos se sellaba un acuerdo de futuras alianzas ante la adversidad y las autoridades de la ciudad que le permitió reunir un ejército dentro del reino de Corinto. Cuatro heraldos con caballos ligeros habían partido hacia los cuatro extremos de la Hélade para convocar a algunos expertos combatientes, a quienes Jasón deseaba reunir antes de emprender su campaña contra Acasto.

Jasón y Tésalo admiraban las teas encendidas desde una pequeña embarcación que se alejaba de la costa sorteando las fuertes corrientes del golfo de Corinto. La oscuridad de la noche y del mar los envolvía por completo en una espesa opacidad mientras una fina lluvia caía de través. Pese a las condiciones adversas, Jasón no sopesó la idea de regresar a tierra, pues deseaba poner a prueba el arrojo y la valentía de su hijo antes de la gran travesía al tiempo que comprobaba el alcance de sus hogueras. Cuando la barca se adentró en mar abierto, la vela de mesana comenzó a ondear con fuertes sacudidas en la popa. Jasón reaccionó izando la vela mayor en el palo central y la envergó con un cabo de inmediato, tensándola hábilmente para orzar la barca contra el viento. Enseguida comenzaron a surcar las olas, embistiéndolas con la proa y dejando tras de sí una estela de espuma sobre las aguas negras, hasta que Jasón viró para evitar el traqueteo. Poseidón parecía divertirse con ellos, zarandeándolos suavemente cada vez que remontaban una ola y volvían a caer. Entonces padre e hijo vieron cómo el resplandor de los fuegos rielaba sobre el mar desde lo alto de los cerros, y cómo varias columnas de humo se elevaban impregnando el aire con olores de encina y de sarmientos de vid. Una vez que el esónida hubo comprobado que las señales estaban ya encendidas, sin previo aviso, se acercó a su hijo y lo empujó por la borda, haciéndolo caer bajo las aguas. Siguió navegando un trecho más y luego destensó la vela para detener el curso de la pequeña embarcación. A lo lejos escuchó cómo Tésalo se acercaba nadando tras de él. Aguzó el oído para comprobar si pedía auxilio o si se lamentaba o maldecía, pero el joven no emitía ningún

sonido más allá del chapoteo de sus brazos y sus piernas al nadar. Le satisfizo que su hijo no tuviese miedo del mar ni de la espesa oscuridad. Entonces maniobró para acercarse al joven, pero este, comprendiendo que su padre estaba poniendo a prueba su coraje, lo ignoró y rebasó su posición sin detenerse. Jasón lo siguió pacientemente sin hacer ningún amago de ayudarlo, pero estaba pendiente de que sus fuerzas no lo abandonasen y no se ahogara absurdamente al pretender hacer frente al desafío que le había lanzado. Como él sospechaba, Tésalo siguió nadando hasta que sus extremidades dejaron de responderle. Por un instante, desapareció de la vista de Jasón bajo la superficie marina, pero al cabo de pocos segundos volvió a sacar la cabeza tomando aire sin dejar de agitar las piernas para mantenerse a flote. Entonces, recordando la historia que le había contado su padre, invocó al dios del mar.

—¡Poseidón, padre del usurpador Pelias! —gritó Tésalo—, ¡yo te desafío! ¡Y con las armas desafío a Acasto, hijo de tu hijo, para que el trono de Yolcos le sea devuelto a la estirpe de los eólidas, a quien legítimamente corresponde!

Jasón quedó atónito ante la temeridad de su hijo, que parecía no comprender la diferencia entre los mortales y los dioses.

—¡Es suficiente! —gritó su padre—. ¡Sube a bordo!

Tésalo no escuchó a Jasón, y siguió profiriendo improperios contra el amante de Tiro, cuyos descendientes arrebataron por dos veces el trono de su padre. De pronto, sintió un dolor agudo al lastimarse los dedos de los pies con un cúmulo de rocas que parecieron emerger repentinamente de los abismos, como si un ser monstruoso lo embistiese alzándose

desde las profundidades. Emitió un grito de terror que alertó a su padre, y en ese momento la dureza pétrea de aquel ser sobrenatural se transformó en una masa blanda que envolvió todo su cuerpo, impidiéndole respirar. Comenzó a sentir un escozor incomparable, infinitas punzadas que recorrían toda la superficie de su piel. Jasón, percatándose de que una nube de luminiscentes medusas rodeaba a su hijo con sus tentáculos urticantes, se apresuró a golpear el agua con un remo para intentar dispersarlas.

—¡Oh, Poseidón! —invocó mientras trataba en vano de acabar con ellas—, ¡te lo ruego: no te lleves al único vástago que me queda!

Acto seguido, un golpe de mar volcó la barca y Jasón cayó al agua, a unos metros de distancia de su dolorido hijo. En ese preciso instante, las medusas desaparecieron y las aguas se apaciguaron por completo. Solo la lluvia seguía cayendo sobre ellos en silencio. Jasón nadó entonces hacia el cuerpo inconsciente de Tésalo y lo remolcó hasta la barca sujetándolo con un brazo. Trató de enderezar la embarcación, pero sus esfuerzos eran inútiles.

—¡Te lo ruego! —imploró el esónida—. ¡Oh, señor de los mares insondables!

De nuevo volvió a soplar el viento y otro golpe de mar dio la vuelta al bote y los devolvió a los dos a bordo. Al ver que Tésalo sufría convulsiones, Jasón miccionó en sus propias manos y comenzó a frotar el cuerpo de su hijo para aliviarlo con el efecto de la urea. Tomó luego algunas algas que se habían prendido a los remos y lo cubrió con ellas para tratar de mitigar su sufrimiento. Al mismo tiempo, lo amonestaba por su osadía, conmocionado aún por lo sucedido.

—El señor de los mares castiga tu soberbia, pero te da también el remedio para aliviar el dolor de su punición. No debes nunca desafiar a los dioses ni sobrevalorar el límite de tus fuerzas —dijo, aleccionándolo con firmeza—. Solo puedes luchar contra los hombres, y ni siquiera podrás vencerlos a todos. Aprende de los que sean mejores que tú y, ante todo, jamás vuelvas a desobedecerme. Soy tu padre. ¿Quién si no yo velará para que un día seas mi sucesor en Yolcos?

◊◊◊

Habían transcurrido ya cuarenta días y cuarenta noches desde que las fogatas transmitiesen su mensaje. A su llamada habían acudido más de un centenar de hombres, deseosos de navegar a las órdenes de Jasón en la célebre Argo. Tres cuartas partes de ellos eran exiliados de Yolcos que habían seguido fielmente al héroe en su destierro y siempre se habían mantenido leales a su persona: para ellos, él era el digno heredero del reino de Yolcos. Con él llegaron a Corinto y con él se marcharían. Mientras duró su exilio, la mayoría de ellos se habían convertido en campesinos y pescadores a lo largo y ancho del istmo de Corinto o habían emigrado hacia las tierras interiores para establecerse en pequeños asentamientos. Los que conocían los oficios menestrales se ayudaron entre sí para arreglar y dar forma a sus viviendas. Incluso algunos habían empezado a echar raíces fundando una familia. Eran hombres ya maduros, pero el férreo trabajo había conservado sus fuerzas y, en lo que al espíritu de lucha se refería, nunca los había abandonado. No temían enfrentarse de nuevo a los mares o a los giros del destino. Estaban dispuestos a presentar batalla para recuperar la dignidad de

su rey y volver a pisar su tierra. Tan grande era su confianza en el esónida que una decena de ellos imitaron el gesto de su líder: no solo se pusieron a sus órdenes, sino que llevaron consigo a sus primogénitos, jóvenes sanos y fuertes, que contaban más o menos la misma edad que Tésalo.

—Cuando hayamos recuperado nuestra patria —les había dicho Jasón— podréis estableceros con vuestras familias en el reino y será como si jamás os hubierais marchado. Estará en nuestras manos reconstruir Yolcos para hacerlo resurgir. Levantaremos nuevas casas, pero no destruiremos aquellas donde moren las esposas e hijos de los que perezcan defendiendo al vil Acasto, pues también ellos son víctimas de la ceguera de sus esposos y sus padres. Con el tiempo, incluso los defensores del hijo de Pelias comprenderán su error si ven que les ofrecemos una vida próspera.

Los rostros de aquella marinería de exiliados se iluminaron al escuchar sus palabras. También los marineros corintios que completaban la flota, uniéndose a Jasón en busca del renombre que de seguro les aportaría navegar en la Argo, la misma que había albergado a los más grandes héroes de la Hélade, reconocieron al rey de Yolcos en la nobleza de sus palabras. De la generosidad de su comandante, ninguno tenía dudas: en repetidas ocasiones el esónida, conocedor de los secretos de las plantas, les había procurado un remedio cuando habían caído enfermos o había mediado entre ellos para evitar males mayores cuando se había producido algún altercado entre dos familias.

—Tal vez no encontremos grandes riquezas, y tampoco es lo que buscamos —le había respondido uno de aquellos corintios que se habían alistado—. Pero se nos proporcionará

un hogar y un pedazo de tierra y tendremos un rey capaz de curar los dolores del cuerpo y del espíritu. ¿Qué más podemos desear?

∞

Sobre la playa que lindaba con el puerto corintio de Cencreas, al este de la ciudad, la nave Argo, varada sobre la arena, reflejaba los rayos del sol como si su armazón de oscura madera fuera un escudo de bronce. Jasón había dispuesto que el casco fuera enteramente pulido para que ninguna impureza lastrase la navegación y estuviera reluciente antes de zarpar. Junto a ella, además de los marineros que se enrolarían en la Argo, un buen número de curiosos y de arrumbadores se agolpaban con sonora algarabía, eufóricos por haber terminado al fin con la limpieza de aquel barco.

De entre la muchedumbre que rodeaba el navío se abrió paso el joven Tésalo. Su padre le hacía gestos desde lo alto de un montículo arenoso para que se apartase del gentío y se reuniese con él y con un recién llegado que lo acompañaba. Tésalo se fijó enseguida en la apostura de aquel hombre y la gran dignidad que lo envolvía. A medida que se iba acercando a ellos, Tésalo se extrañó al escuchar las risas y bromas de aquel guerrero de porte solemne, al que su padre trataba con total familiaridad. Cuando estuvo ante ellos y comprobó que su edad era similar a la de Jasón, supo que se encontraba ante viejos argonautas que, dichosos al verse de nuevo, recordaban el primer viaje de la Argo. Algo impresionado por su presencia, Tésalo no se atrevió a interrumpirlos, y se quedó a unos pasos de donde estaban, vacilante.

—¡Tésalo! ¡No te alejes! —llamó su padre—. ¡Escucha lo que dice mi buen amigo Peleo, rey de Ftía!

Nunca antes había visto a su padre tan excitado: Jasón levantaba la voz y reía nerviosamente cada vez que su hijo abría los ojos con asombro al escucharlos. Sobre todo, cuando aquel rey tan locuaz hacía partícipe a Tésalo de los detalles de viejas peripecias, como si también él hubiese tomado parte en los trabajos y se hubiese expuesto a los peligros junto a ellos. El joven no podía hacer otra cosa que asentir, a pesar de que no comprendía exactamente sus bromas y sus constantes insinuaciones sobre personas y lugares que para él resultaban enigmáticos.

—¡Sube aquí! —dijo Jasón—. ¡Observa!

Entonces Tésalo se acercó a su padre y miró hacia donde este le indicaba. Un grupo de mujeres se colocó justo detrás de la Argo, agitando crótalos y címbalos con un sonido percutivo mientras exhalaban gritos de aclamación. Después guardaron silencio y, al cabo de un instante, la Argo se elevó y comenzó a caminar como si se hubiera transformado en un miriópodo gigante. Desde donde ellos se encontraban solo podían ver las piernas de los hombres que transportaban el navío sobre sus hombros hacia el mar. Jasón y Peleo rieron ante la mirada estupefacta de Tésalo. Volvió a escucharse el sonido metálico de los platillos y el castañeteo de los crótalos acompañado de vítores agudos.

El alborozo de las gentes aumentó en cuanto empezaron a oír el sonido del chapoteo de los pies de los arrumbadores en la orilla. Por fin, se adentraron con la nave a hombros en el mar hasta que el agua los hubo cubierto por encima de la cintura. Depositaron el navío haciendo un

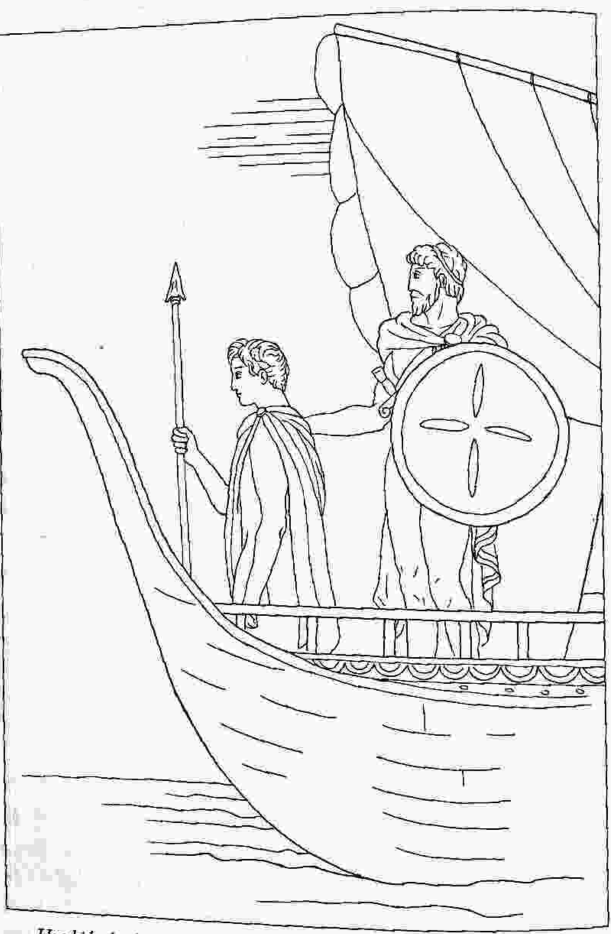
último esfuerzo y la Argo flotó saludando a la concurrencia con un elegante balanceo. Eufórico ante la visión de esa nave rejuvenecida, Jasón descendió del monte, agarró a Tésalo de la mano y se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar ante la majestuosa Argo. El olor a madera recién lijada que invadía la playa avivaba el ánimo de Jasón que, impaciente por ver el interior del navío, subió veloz a bordo de la Argo seguido por los rápidos pasos de Tésalo.

—Pronto podremos zarpar —dijo Jasón mientras agarraba a su hijo para darle un fuerte abrazo.

◊◊◊

Un reguero de lucernas señalaba el camino que conducía al templo de Hera. Hasta él habían regresado Jasón y su hijo para verter libaciones para los muertos, renovando así la protección de la diosa antes de zarpar. Los acompañaba Peleo, que deseaba sacralizar su alianza con Jasón ante toda la concurrencia. Junto a ellos, unos cuantos ciudadanos corintios hicieron acto de presencia. Estos últimos habían acudido a despedir a aquel héroe que tanto tiempo había permanecido entre ellos, mostrando su respeto tanto por el comandante de la campaña como por los compatriotas que se marcharían con él.

Un grupo de jóvenes campesinas vertieron agua y aceites de helicriso sobre las llamas del pebetero que habían encendido en el exterior del oratorio. El humo se elevó hacia las alturas suavemente. Luego depositaron frutos frescos de granado junto al fuego y Jasón empezó a escanciar sus libaciones sobre la tierra. El esónida quiso decir sus votos, pero un nudo le cerró la garganta, quebrándole la voz, y sus labios temblaron sin saber qué palabras emplear. Solo se oía el fra-



Henchido de alegría, Jasón mostró la renovada embarcación a su hijo Tésalo.

gor discontinuo de las olas batiendo en la playa pedregosa. Peleo lo miró fijamente y le habló con la voz velada por el humo y las esencias vegetales.

—Reza con palabras piadosas por los que fueron leales a tu padre Esón, el digno rey de Yolcos, y para que sus hijos luchen a tu lado cuando reclames el trono de Yolcos. Ruega para que tu pueblo conozca la verdad, pues bien sabes que Acasto te atribuye atrocidades que tú no cometiste.

Jasón, recordando el pasado, torció el gesto en una expresión de dolor. La presencia de Peleo no solo le traía buenos recuerdos. Su amigo estaba aún con él cuando Medea, la poderosa maga que fuera su esposa, convenció a las hermanas de Acasto para que acabaran con la vida de su propio padre.

—¡Oh, Hera, yo te invoco! Tu divinidad sabe que cuando regresamos con el vellón de oro a Yolcos, Medea, unida a mí entonces por los lazos del matrimonio, perpetró el asesinato del rey Pelias. No me correspondía a mí pagar por su delito con el castigo del destierro impuesto por Acasto.

Peleo miró a su amigo, satisfecho por sus ruegos y la fuerza que demostraba al nombrar a la esposa que tanto perjuicio le había causado. Terminaron con las libaciones y se marcharon del templo seguidos por el coro lamentoso de vírgenes corintias.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente del santuario de la diosa para no perturbar su paz, Peleo emplazó a aquellos que habían presenciado el ruego de Jasón a escuchar atentamente sus palabras.

—Todos deben recordar lo que ocurrió entonces en Yolcos para que no se repita nunca nada semejante —dijo Peleo a Jasón antes de comenzar su discurso.

La multitud se detuvo, expectante, y cuando el silencio se apoderó de ellos, el rey de Ftía se volvió y levantó la voz para que todos pudieran escucharlo.

—Si Acasto no le hubiera desterrado, Jasón no habría venido al reino de Corinto, en el que repudió a su esposa a instancias del rey Creonte, que consiguió hacerlo su yerno mediante un matrimonio secreto con la princesa. Por consiguiente, tampoco Medea, humillada, habría desatado su ira contra ellos abrasándolos dentro de su palacio. Sus manos vengativas no habrían terminado con la vida de los hijos que ella misma dio a Jasón en esta tierra de acogida.

La multitud enmudeció tras escuchar la terrorífica historia que Peleo relataba, y en su indignación el rey Acasto se convirtió en un tirano ante sus ojos.

—Que un dios o un hombre aparezca contra Acasto y contra todos aquellos que permanecen a su lado. Que dé muerte por muerte —gritó uno de los soldados, y sus palabras fueron repetidas con entusiasmo por todos los presentes.

◇◇◇

Después de atravesar una zona boscosa, el séquito se dirigió a un claro de hierba rala, ramoneado por cabras y pollinos, no demasiado cerca de la ciudad habitada. Allí se había dispuesto celebrar un encuentro con el resto de la marinería. No deseaban perturbar el descanso nocturno de los corintios con el sonido de los pífanos y las percusiones, ni tampoco hacerles participar más de lo necesario en los preparativos de la campaña contra Yolcos. Incluso los familiares más cercanos de los jóvenes que se habían alistado optaron por mantenerse al margen. Aquella celebración representaba un rito importante para los que se alejaban de sus gentes hacia una tierra ignota y así lo comprendían sus familiares. Durante aquellos momentos de esparcimiento atravesarían el umbral de un tiempo de su vida hacia otro que les depararía heroicas aventuras, y quizá el nombre de su casa alcanzará la posteridad. Cuando se reunieron con ellos, Jasón no se entretuvo con discursos, pues no era partidario de arengar a los guerreros mediante la oratoria y, ciertamente, tampoco poseía el don de la palabra para hacerlo. Creía preferible que los hombres se librasen al frenesí de los cantos y las danzas, que en su mayor parte desconocían o interpretaban torpemente. En cualquier caso, le parecía saludable que entregasen sus cuerpos a un cierto desenfreno lúdico y gimnástico en comunión, que les permitiera conocerse mejor y limar asperezas entre ellos antes de iniciar la travesía.

A pesar de que las jóvenes corintias que habían participado en las libaciones a Hera habían sido convidadas a quedarse, después de presenciar el modo descontrolado de beber de aquellos hombres, y tras haber contemplado cómo se agitaban hasta alcanzar un grado de euforia turbulento, las muchachas juzgaron más prudente alejarse. Una tras otra se fueron ocultando en la oscuridad. Cuando los hombres quisieron darse cuenta, ya no estaban, pues las prófugas conocían perfectamente los caminos y estaban más que avezadas a abrirse paso entre los riscos y la floresta a todas horas sin ser vistas.

Pronto olvidaron los soldados a las hermosas corintias, pues habían comenzado ya las luchas cuerpo a cuerpo y un guerrero sobresalía entre todos los demás. Los corintios estaban impresionados ante ese luchador tan hábil e incansable.

Sus brazos burlaban ágilmente la guardia de su oponente, que raramente poseía la velocidad necesaria para esquivar el golpe, por lo que siempre lograba que las espaldas de sus adversarios tocaran la tierra. Aun así, tendía su mano cubierta para la lucha con tiras de piel de buey al enemigo caído, felicitándolo de forma sincera por el combate. Los corintios estaban impresionados ante su dominio del pugilato, y preguntaron al más vetusto de los ciudadanos de Yolcos quién era ese hombre que, pese a haber dejado atrás su primera juventud, permanecía invicto en la lucha.

—Es Pólux —respondió el veterano soldado—. Acompañó a Jasón en el primer viaje de la Argo, y sin duda debéis conocer su fama una vez os ha sido desvelado su nombre: no hay púgil que logre igualársele en la lucha.

Los marinos apenas podían creer que el célebre guerrero los acompañaría en su viaje.

—¡Pólux! —exclamó uno de los más jóvenes corintios—. No hay lugar de la Hélade al que no haya llegado la fama de su combate con el despiadado rey Amico, que se atrevió a desafiarlo y ahora descansa en el Hades. ¿Su hermano gemelo Cástor no lo acompaña? Raramente se separan los Dioscuros, como suelen ser conocidos.

El veterano le señaló entonces a un hombre de vigorosas proporciones que no prestaba atención a las repetidas victorias del famoso púgil. Se había alejado del grupo para acercarse a un claro en el que un asno, agitado por la animación del espectáculo, bufaba molesto. El animal no parecía haber sido domado para las tareas del campo. Rebuznaba y mostraba los grandes dientes con el cuello estirado, y hacía ostentación de sus cuartos traseros dando coces. Había advertido la presencia del intruso que se acercaba a su territorio y lo prevenía para que mantuviese las distancias, pero Cástor se mostraba imperturbable, a pesar del inusual tamaño de la bestia. El osado soldado chasqueaba la lengua sin detener el paso. Le decía palabras afectuosas en voz baja y lo llamaba con un nombre que acababa de inventar, como si conociera a aquel équido desde siempre. El tono y los ademanes dejaron perplejo al animal, que parpadeó con sus largas pestañas calmándose de inmediato.

Mientras tanto, el círculo de los luchadores había estallado en carcajadas después de ver cómo Pólux derribaba al joven Tésalo. Su padre lo había instado a atacarlo para poner a prueba sus habilidades pugilísticas, pero Pólux lo tumbó al primer golpe. Después se dirigió a Tésalo y lo levantó del suelo con un amago de volver a tumbarlo sobre la hierba y luego le pasó la mano por los cabellos con un gesto afectuoso. Los dos rieron. Entre veras y bromas, forcejearon un poco más hasta que Pólux lo soltó. Tésalo le dio una palmada en la espalda para mostrarse como un hombre maduro ante los demás y, agarrándole de la muñeca, levantó el brazo de su contendiente para que este hiciese el gesto del vencedor absoluto de la competición, mientras se complacía al pensar lo mucho que podría aprender de los dones y la experiencia de aquel noble guerrero.

Súbitamente, un remolino de chispas hizo correr espantados a los hombres que contemplaban la lección pugilística del Dioscuro. Sobre las brasas de la hoguera que habían encendido en el momento de plantar el campamento, Cástor saltaba a lomos del imponente asno al que antes se acercara. Lo hacía girar sobre sí mismo como un corcel domado

y el animal piafaba y coceaba repartiendo a su alrededor rescoldos y pavesas inflamadas. Controlaba sus movimientos con golpes de talón mientras lo tironeaba de las crines con gestos cruzados de ambas manos. Había conseguido domar por completo a aquel asno silvestre mientras duró el entrenamiento en la lucha de los hombres. Ante la atónita mirada de la tripulación, Cástor consiguió ponerse de pie sobre la grupa de aquel burro y volvió después a montarlo sin que el animal dejara de girar preso de un paroxismo dionisíaco. Las ascuas alcanzaron a uno de los jóvenes marinos que contemplaba su exhibición, pero entonces el jinete saltó de su cabalgadura y mitigó la quemazón con discretos manotazos sobre su piel desnuda. Cuando estuvo satisfecho de su exhibición, dio una palmada en el lomo del confuso animal y lo avió para que se perdiera al trote entre las sombras.

Entretanto, Jasón se había llevado a Peleo lejos de los demás. Ya habían tenido suficiente esparcimiento aquella noche. Cada uno se había dado a conocer a su manera y los hombres los respetarían y los tendrían en consideración según la astucia, el don o la fuerza de cada uno. Algunos de los marinos dormían tendidos entre los matorrales bajo la bóveda celeste salpicada de minúsculas estrellas. Uno tras otro caían rendidos por el sueño y el cansancio, ebrios de vino, agotados después de aquella larga jornada en que por fin la Argo había sido devuelta al mar. Tésalo se retiró también a descansar mientras su padre y Peleo caminaban y conversaban sin que nadie los interrumpiera.

Sus pasos los condujeron al mar, como parecía ser siempre su destino, y allí el rey de Ftía y Jasón se dirigieron a una cala cercana y se sumergieron plácidamente en las aguas. Al

salir, el esónida, tendiéndole a Peleo un frasco de aceite que reservaba para estas ocasiones, le recomendó que se untase con él la piel, pues algunas pavesas le habían alcanzado también durante la demostración ecuestre de Cástor y las quemaduras le escocían por el efecto de la sal. Él mismo había preparado aquel aceite para los bálsamos, conocedor de que las pequeñas flores amarillas eran beneficiosas para la piel.

—El sabio centauro Quirón te enseñó bien las artes de la medicina cuando eras su pupilo —dijo Peleo mientras se aplicaba aquel ungüento lenitivo sobre las quemaduras—. Me encomió a que te transmitiese sus saludos, pues tuve la ocasión de contar con su ayuda cuando estuve en el macizo del Pelión.

Los ojos de Jasón brillaron de júbilo ante la perspectiva de escuchar noticias de su maestro.

—¿En qué alegres circunstancias encontraste a mi mentor? —le preguntó.

Peleo, al principio, no respondió. Luego, apenado por no poder darle una respuesta que alegrara su ánimo antes de tan duro viaje, se vio obligado a volver a mencionar de nuevo al causante de los desvelos de su amigo.

—Por desgracia, no fueron felices aquellas circunstancias: me salvó de la furia de los demás centauros. Ese aciago día había ido al monte con el rey Acasto para cobrar algunas presas, pensando todavía que me reunía con el antiguo compañero que embarcó con nosotros en la Argo revelándose contra su padre. Durante la cacería, el cansancio hizo mella en mí y cedí al sueño, quedando dormido en una ladera, en el territorio de los salvajes centauros que nada tienen que ver con tu mentor. Pero Acasto ya no era aquel bravo argonauta,

sino la sombra del rey Pelias. Celoso por las atenciones con las que su esposa Astidamía me distinguía, aprovechó para esconder mi espada entre el estiércol. Quirón encontró mi arma para que pudiera defenderme de sus salvajes congéneres y salvar la vida.

Jasón apenas podía creer sus palabras. Pese a haberle declarado la guerra a Acasto, este lo había acompañado en el primer viaje de la Argo desafiando a su padre, demostrando así la nobleza de su carácter. Podía comprender que, ante la tentación de un trono, se revelara contra aquel que había sido su comandante, pero no comprendía por qué volvía su odio contra Peleo. Su amigo adivinó sus pensamientos, y se aprestó a despejar sus dudas.

—¡Acasto me traicionó instigado por la harpía de su esposa, ofendida porque no respondí a sus atenciones! —exclamó con dolor—. Solo podré saciar mi sed de venganza cuando termine con Acasto y con la lasciva Astidamía.

Jasón recordó entonces algunos rumores que habían llegado hasta él hacía tiempo, pero a los que no había concedido ningún crédito. Aun así, guardó silencio para permitir que su buen amigo se desahogara.

—Mi amada Antígona me esperaba en Ftía —prosiguió Peleo—. ¿Cómo podía añadir ese agravio a su persona? ¿Cómo saber que, si la hubiera traicionado, todavía seguiría viva? Pero yo rechacé sus proposiciones, y mi esposa sufrió las consecuencias de mi fidelidad.

Entonces, Peleo explicó a Jasón que Astidamía le había hecho llegar falsas noticias de Yolcos a su esposa mediante un mensajero: Peleo se había prometido con Estérope, la única hija de Acasto. Antígona, viéndose repudiada por

su marido, de quien estaba profundamente enamorada, no pudo soportar su traición y puso fin a su vida deslizando una cuerda alrededor de su fino cuello y lanzándose al vacío.

Aunque Jasón sabía que Peleo había enviudado, no conocía exactamente el modo en que su infeliz esposa había sido víctima de un engaño urdido por la despiadada Astidamía. Los dos amigos charlaron francamente en medio de la noche y Jasón recordó con nostalgia a sus progenitores ya difuntos. Se lamentó de que un ser tan mezquino como Pelias hubiera formado parte de su estirpe, aunque fuera solo medio hermano de su padre. A pesar de que aquellos hechos ya casi se perdían en la noche de los tiempos, no podía olvidar que había nacido marcado por el odio. Reflexionó un instante y concluyó que la única persona a la que amó Pelias fue su dulce madre, la hermosa Tiro, que veló porque crecieran todos ellos como iguales en la casa de Creteo. Y aun así, el vástago de Poseidón no respetó en absoluto sus creencias, usurpó el trono que le correspondía a Esón y aniquiló a todos los que pusieron en duda la legitimidad de su reinado, llegando a expulsar a su hermano Neleo del reino. Por ello los dos amigos manifestaron su firme convencimiento de que Acasto debía ser derrocado, pues se había sentado en un trono manchado de sangre.

3

Malos presagios

Acasto oteaba el horizonte desde su palacio en Yolcos, buscando en el cielo señales que confirmasen la profecía que el oráculo le había revelado: cuando viese el doble meteoro ígneo que tanto admiran los marinos, debía prepararse para ver llegar una fuerza destructora por el mar. Acasto imaginaba una bandada de erinias, las criaturas aladas que vengan los más sacrílegos homicidios, cayendo sobre él para saldar una deuda de sangre contraída mucho tiempo atrás. Los remordimientos por la emboscada que le tendiera a Peleo cuando este era su huésped asediaban su mente, pero si bien en aquel momento tuvo la intención de acabar con la vida del ahora rey de Ftía, no logró consumar su crimen, por lo que las divinidades vengadoras carecían de una afrenta real que vindicar. Tratando en vano de alejar su incertidumbre, caminaba por las estancias con inquietud creciente. Al pasar frente a las habitaciones de su hija Estérope, se quedó observando cómo esta dormía

entre las dos esclavas que la acompañaban. La mecha encendida de una lámpara de aceite bailaba sobre la piel desnuda de las durmientes, cuyos vientres oscilaban al ritmo de las respiraciones. Observando a su hija entre dos muchachas tan jóvenes, Acasto pensó que Estérope ya era una mujer. Quizá, se dijo de repente, no había sido él el artífice del crimen por el que se le castigaba, sino otro miembro de su estirpe, aunque, como cabeza de familia, el castigo recaía sobre su persona.

—¿Hiciste algún mal, hija mía, para que ahora castiguen a tu padre? —le preguntó con dulzura. Pero Estérope dormía plácidamente y no podía escucharlo—. ¿Guardas algún secreto que debas confesarme? —insistió, solo por el alivio de expresar en alta voz sus pensamientos—. Si quisiste entregarte a los placeres de la carne y librarte luego de sus ataduras podría perdonarte, pero debo saberlo para remediar un mal mayor.

Estérope no reaccionó. Acasto, dándose cuenta de que jamás su hija le dio ningún motivo para hacerlo dudar del respeto de la joven a la casa de su padre, siguió deambulando por el palacio. Sus pasos lo llevaron frente a la habitación donde dormía su esposa Astidamía. Antes de cruzar el umbral, se detuvo en su puerta con el fin de averiguar si se hallaba acompañada, pero enseguida cambió de opinión. Decidió entrar sin más y se acercó a su lecho.

—Van a venir —le espetó abruptamente, presa del trance al que lo habían conducido sus miedos—. Vendrán con sus látigos y sus cabelleras serpentinas a buscarnos.

Astidamía, a diferencia de su hija, estaba acostumbrada a que la voz de Acasto la desvelara, y respondió en el acto a las palabras de su esposo.

—¿Quién? —preguntó mientras se incorporaba en el lecho.

—Las benévolas —respondió Acasto, que no se atrevía a pronunciar su verdadero nombre—. Cada vez estoy más seguro de que el oráculo se refería a ellas, pues al igual que el meteoro, portan consigo una antorcha que deja tras de sí una estela de fuego. Los dioses me castigan por haber querido dar muerte a Peleo, que había acudido a mí para purificarse y por tanto era un huésped de honor. Ya oigo sus ladridos acercándose —dijo Acasto agarrando a su esposa por los hombros.

Astidamía suspiró. En el fondo, temía las palabras de su esposo, pues después de provocar la muerte de Antígona, la sola mención de las erinias la hacía estremecerse. Pero Acasto no podía inquietarse por un crimen lejano del que desconocía la causa y, en lo que a ella se refería, pronto volvió a convencerse de su inocencia, como cada vez que los remordimientos la asaltaban, pues no habían sido sus manos las que circundaron el cuello de Antígona, sino un lazo que anudó ella misma al confiar en una misiva extranjera más que en la fidelidad de su cónyuge.

—Los perros están inquietos, es solo eso —le respondió Astidamía, tratando de consolarlo—. Yo también los oigo corretear por toda la ciudad. Se asustan de los ecos de los vientos y del ulular de las lechuzas.

Ante las razones de su esposa, las facciones de Acasto se relajaron y la rigidez abandonó los músculos de su cuerpo. Viendo que sus palabras ejercían un efecto balsámico sobre el rey, Astidamía volvió a recostarse en el tálamo.

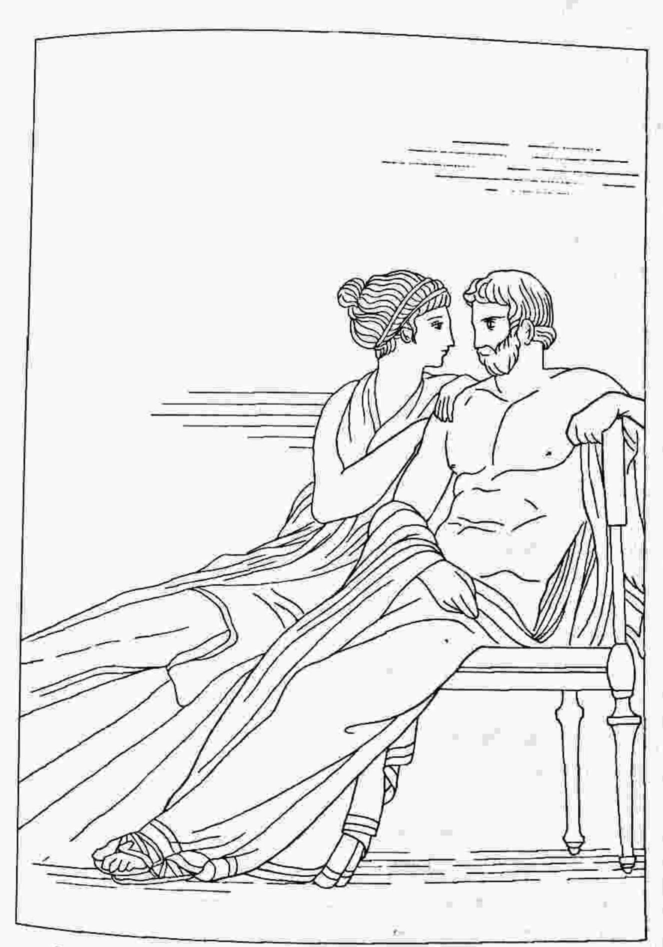
—Ven —murmuró—. Tiéndete a mi lado.

Acasto obedeció. Ella lo acogió entre sus brazos y comenzó a acariciarlo con dulzura. Él se dejó mecer por los arrullos

de su esposa hasta que pareció conciliar el sueño. Pero sus párpados temblaban y apretaba fuertemente las mandíbulas, mientras se asía con fuerza al cuerpo de su esposa. Astidamía repetía palabras tranquilizadoras y le susurraba suavemente al oído, como quien duerme a un niño temeroso en su regazo. Ambos pasaron la noche tendidos sobre el lecho en silencio, pero ninguno consiguió caer dormido.

◇◇◇

Antes de que saliera el sol, Acasto hizo llamar a los cuatro altos mandos de su ejército para que se presentasen en palacio. En el salón del trono, el rey los esperaba con semblante sombrío. Sus ojos estaban enrojecidos y, en su frente, profundos surcos denotaban los signos del cansancio y la inquietud. A lo largo de la noche, había buscado en los rincones más recónditos de su memoria un crimen impío que hubiera cometido sin hallarlo. Sin embargo, en su búsqueda se había dado cuenta de que todavía existía una porción de compatriotas exiliados que ponían en duda la legitimidad de su mandato. Recordó las habladurías de las gentes que traían noticias confusas de allende los mares sobre el retorno de Jasón, en las que él solo veía un nostálgico intento de la turba de buscar una excusa para relatar de nuevo las heroicas historias de los argonautas, pues el esónida estaba exiliado en Corinto, sin ejército ni familia. A lo sumo, se decía entonces, los rumores provendrían de los partidarios de la estirpe de los eólidas que se escondían en Yolcos, en cuyo caso no eran más que desesperados intentos de desestabilizar sus decisiones de gobierno emponzoñándolas con falsedades infundadas. Pero tras la conversación con su



Las palabras de Astidamía ejercían un efecto balsámico sobre el rey Acasto.

esposa, había reconsiderado la profecía, y ahora estaba seguro de haber malinterpretado los augurios del oráculo: no presagiaban la maldición de un dios u otro ser sobrenatural, sino la amenaza de un hombre. Su soberbia le había impedido rendirse a la evidencia, y la ceguera de la culpa que sentía por el trato dispensado a Peleo le había impedido distinguir entre las habladurías la amenaza venida por mar sobre la que le alertase el oráculo.

La presencia de un sirviente para avisarlo de la llegada de sus hombres interrumpió sus pensamientos. Acomodándose en el solio, dio orden de que pasaran. Uno tras otro, los comandantes lo saludaron marcialmente. El mayor de los cuatro guardaba un cierto parecido con el rey, tanto en su constitución como en los rastros del tiempo que teñían los rizos de su barba ya entrecana. Acasto lo llamó un momento aparte y el otro obedeció, acercándose con paso grave. Después de intercambiar algunas palabras en voz baja, Acasto se volvió hacia el resto de sus comandantes y con voz firme dio la orden de que se iniciasen las maniobras preventivas de defensa, pues de una manera u otra, se decía, escuchara el oráculo o los rumores del pueblo, todas las señales indicaban que un peligro se acercaba por mar. Los tres oficiales jóvenes salieron al exterior y el primero dio aviso a la guardia de palacio para que redoblase el número de unidades habituales. El segundo transmitió sus órdenes de que se multiplicasen por tres los centinelas de las murallas y encargó a varios voceros que advirtieran a la población de que estuviese alerta ante la llegada de cualquier forastero a la ciudad. Se anunció también que, al ponerse el sol, nadie tenía permiso para abandonar sus hogares. El tercero salió

a caballo con una guarnición para inspeccionar las tierras interiores del reino. Por último, Acasto dio orden de que se montasen guardias permanentes en todo el litoral, enviando un escuadrón al completo al puerto de Págasas para reforzar la vigilancia.

El más maduro de los altos oficiales permaneció junto a Acasto todo el día. Al verlos juntos, los sirvientes de palacio tenían la impresión de que su rey se hubiera redoblado también, al igual que había sucedido con los soldados, y caminase con doble templanza por los corredores de palacio, hablando a solas con una imagen de sí mismo. Tras estas largas meditaciones, Acasto convino con el jefe de su ejército, al que le unía una gran amistad, que se dejarían ver ante sus súbditos con la máxima solemnidad, rodeados de las más distinguidas familias de Yolcos, para que nadie dudase de su legitimidad como rey.

◇◇◇

Bajo un viejo ciprés, un gran toro azabache resollaba con la blanca baba cayendo de su hocico. Ramas de tejo adornaban su frente y de sus astas pendían las pálidas ínfulas, las blancas cintas anudadas en su cornamenta para el rito sacrificial con el que iba a ser consagrado a los dioses. Después de recibir la certera puntilla en la cerviz, ríos de sangre se encharcaron en los hoyos que había dejado al escarbar la tierra, antes de quedar definitivamente petrificado y desplomarse.

El propio Acasto, vestido con la túnica sacerdotal, descabelló a aquel toro ante los ciudadanos de Yolcos, que se habían congregado para asistir al sacrificio. Pronunció algunas palabras ininteligibles, como si dijese sus oraciones hacia atrás,

invocando al dios Hades y las riquezas subterráneas que le pertenecían como señor del inframundo, para dedicar luego palabras no menos oscuras al señor de los mares Poseidón. Cuando concluyó aquel rito de sangre, se despojó de sus hábitos sagrados y de las ínfulas que también encintaban su cabeza. Acto seguido, su hombre de confianza lo ayudó a ponerse la coraza sobre el pecho, y Acasto apareció ante su pueblo como un resplandeciente guerrero. Los miembros de las familias más nobles, que gozaban de los privilegios que Acasto les había concedido en el reparto de los abastos y de las tierras, se mantuvieron cerca del rey para mostrar su aprobación y acompañarlo en aquel acto solemne, tal como este había esperado. Lejos de los puestos de honor, por el contrario, un grupo de familias que, por su apariencia, pertenecían a estirpes más humildes, lanzaron algunos gritos, lo que provocó que la guardia los acometiera con sus escudos para alejarlos del lugar. Aunque la delgadez de sus cuerpos por la falta de alimento les impedía oponer la más mínima resistencia física, el rugido de sus estómagos los animaba a seguir profiriendo quejas contra de su rey, que fingía no escuchar sus lamentos.

Tras la demostración pública de piedad y de fuerza, Acasto y su viejo compañero de armas se alejaron de la negra sombra del ciprés y de la sangre derramada que se iba cuajando rápidamente sobre la tierra. Parecía que el sol se mantuviera alto sin querer ocultarse, como si se resistiera a dar paso a la noche. Iba inusualmente lento en su descenso. Subieron entonces a palacio para reunirse con Astidamía y con Estérope. Junto a ellas admiraron aquella lenta puesta de sol en un cielo blanquecino cargado de humedad que presagiaba

una tormenta. Desde hacía varias horas se escuchaban los truenos acercándose desde lejos por el mar. Por fin el cielo se ensombreció y la lluvia fresca comenzó a caer en aquel largo día de calor asfixiante.

Contemplaban la luz cambiante sobre el mar rizado de espumas que se iba embraveciendo. Los relámpagos estaban cada vez más cerca. En ese momento, Estérope señaló a sus padres un punto lejano con la mano y un escalofrío los recorrió de arriba abajo: la señal que esperaban por fin había llegado. El meteoro que anunciara el oráculo relumbraba en el cielo con sus fuegos dobles y coronaba el mástil de la vela mayor de una nave en contraluz.

Acasto se mantenía en silencio observando aquel navío que se acercaba atravesando la tormenta con gran temeridad. De repente, tras la estela de aquella primera embarcación apareció otra, y después otra más. Acasto se frotó los ojos para comprobar que no le engañaba la vista a causa de las interminables noches de vigilia que pesaban sobre él, pero cuando abrió los ojos, las naves seguían avanzando inexorablemente. Recomponiéndose enseguida, le hizo un gesto a su comandante en jefe y este descendió hacia el piso inferior para transmitir las órdenes que su rey le había encomendado dar en caso de que llegara la circunstancia a la que ahora se enfrentaban. Envió mensajeros a la tropa que estaba ya apostada en los flancos más vulnerables de la costa para que se preparara ante el inminente ataque y envió un nuevo escuadrón de refuerzo al puerto de Págasas para que se uniera al que hacía guardia en su costa. Acto seguido, el comandante en jefe envió a un soldado a las caballerizas, de las que regresó con un carro entoldado y su tiro. Cuando el jefe militar

comprobó que los caballos que había hecho traer estaban frescos y preparados para partir en cualquier momento, los condujo personalmente hacia las puertas de palacio. Por su parte, Acasto tomó a su esposa y a su hija de la mano y las instó a seguirlo hasta el carro que los aguardaba. Mientras atravesaba con ellas el umbral, las emplazó a obedecer sin vacilación sus decisiones.

—Debéis abandonar el reino —dijo—. Yo no tardaré en reunirme con vosotras, pero antes debo asegurarme de que nuestros ejércitos os protegerán y defenderán la ciudad hasta que podamos regresar.

Astidamía temblaba de miedo, pues no le parecía que un carro entoldado pudiera ofrecerles mayor protección que su colosal palacio.

—¿Vas a dejarnos solas frente a toda esa turba de hienas envidiosas? Tratarán de darnos caza —replicó.

—Estaréis a salvo. Nadie en Yolcos conoce el refugio que os hemos preparado.

Astidamía y Estérope opusieron cierta resistencia, pero la promesa de Acasto de reunirse con ellas en aquel lugar recóndito cuyo nombre no quería pronunciar acabó venciendo su negativa, y se instalaron en el vehículo con el que emprenderían el viaje hacia el exilio. Acasto les dijo que correrían veloces hacia su salvación, pues había dispuesto postas cada pocas leguas para relevar los tiros y marchar a un ritmo inalcanzable para cualquier perseguidor. Cuando el escolta que las conducía levantó el látigo para arrear a los caballos, Estérope saltó del carro y cayó de rodillas con lágrimas en los ojos, abrazándose a las piernas de su padre. Acasto la levantó y miró a Astidamía, que descendía también

del carruaje y se plantaba frente a él. Ante su determinación, el rey mandó que recogieran a los caballos en las caballerizas y atravesó de nuevo el umbral con su esposa y su hija, esta vez para regresar a palacio.

Las tres naves enemigas habían sorteado las columnas de rayos que pendían entre los nubarrones negros y la mar bravía, como quien atraviesa un templo abandonado al amparo de una noche plácida. De pronto ya no podían verse sus siluetas a lo lejos. Ninguno de los vigías las avistaba, ni siquiera desde los cerros más altos cercanos a la ciudad de Yolcos. El fiel comandante de Acasto sugirió que lo más probable era que hubieran cambiado de rumbo para evitar la tormenta, y que tal vez atracarían en alguna cala que les amparase de la furia de los vientos.

—Que todos permanezcan en sus puestos —replicó a voz en cuello Acasto, que había vuelto a ocupar el lugar que le correspondía.

—No lanzarán un ataque en plena noche —dijo su comandante.

El rey meditó un momento su aseveración. Aunque su consejero llevara probablemente razón, prefería no dejar nada al azar.

—Aun así, mandad jinetes a las tierras de levante y de poniente, a las nieves de las alturas y a las llanuras desoladas, a todos los reinos vecinos donde puedan refugiarse —concluyó.

Siguiendo las órdenes de su rey, una decena de jinetes partieron en todas direcciones. La tropa que cubría todo el frente marítimo permaneció apostada en la playa de Págasas y se desplegó a lo largo de la costa para cubrir la mayor distancia posible al norte del golfo. Los soldados permane-

cieron allí bajo la lluvia, clamando internamente para que no reapareciesen los temibles navíos y amainase la lluvia. Un repiqueteo torrencial sonó durante horas sobre las corazas, los escudos y los yelmos de la infantería, pero ninguna nave enemiga arribó a aquellas playas.

◇◇◇

La Argo y la segunda nave que la seguía, comandada por Peleo, se habían alejado del frente tormentoso que se cernía sobre Yolcos y se dirigieron al sur del golfo de Págasas. La tercera nave quedó algo retrasada, puesto que al virar en redondo e invertir el rumbo por completo, el relumbre de los relámpagos cegó transitoriamente al timonel que la gobernaba y este perdió de vista a la Argo. Jasón sorteó una afilada cresta de escollos rocosos que emergía amenazante de las profundidades. Al percibir el peligro con el que se encontrarían aquellos marinos aliados, que jamás habían surcado aquellas aguas, mandó a uno de sus tripulantes que hiciera sonar un pífano para indicar la posición en la que se encontraba el navío. Por fin la lluvia fue amainando hasta que el reflejo del carro plateado de la luna rieló sobre la mar trazando un sendero luminoso sobre el que las tres naves pudieron reencontrarse. Continuaron navegando rumbo al sur del golfo y llegaron a la playa de Ptéleo, donde finalmente atracaron, amparados por la oscuridad.

Nada más tocar tierra, Jasón ordenó desembarcar a los cincuenta marinos que componían la tripulación de la Argo, que quedaron en la orilla a la espera de sus instrucciones. De cada una de las otras dos naves descendieron a su vez setenta soldados enteramente vestidos de negro, provistos de yelmos que ocultaban las facciones de sus rostros, que se reagruparon sobre la playa cruzándose en largas líneas aparentemente desordenadas.

Se trataba de los temibles mirmidones. El rey de Egina, padre de Peleo, tenido como el más piadoso de todos los helenos, había confiado aquel refuerzo militar implacable a las órdenes de su hijo para que luchase junto al legítimo heredero de la estirpe de los eólidas cuando estos pasaron por las costas de su reino.

Cuando juzgó que los guerreros habían desentumecido sus miembros tras la larga travesía, Peleo dio la orden de formar y, al cabo de un instante, todo quedó en silencio. Jasón y el propio rey de Ftía pasaron revista a los tres escuadrones formados en cuadriláteros simétricos a lo largo de la angosta playa. Una vez hecho el recuento y habiendo comprobado que nadie había caído por la borda durante la tormenta, Jasón dio la orden de romper filas y los mirmidones comenzaron a seleccionar los mejores puestos de guardia y construir refugios improvisados con sus escudos apilados a modo de parapeto entre las rocas dispersas que antecedían los arenales de la playa. Los centinelas de la noche se apostaron sobre una pequeña meseta yerma desde la que tenían perfecta visibilidad tanto hacia la zona continental como hacia el mar. Peleo y Jasón subieron a bordo de la Argo, donde los soldados habían acomodado un tendal para que se resguardaran de la humedad nocturna que traía el viento salitroso de levante.

Entretanto, Jasón llamó a uno de los compatriotas yolcos que con él se habían embarcado en su destierro y ahora regresaban a su lado a la tierra de sus ancestros. Al oír la llamada

del esónida, los ojos de aquel guerrero brillaron intensamente, pues en ellos se reflejaban de nuevo los mares y los cielos de la patria perdida entre los rayos enviados por Zeus para guiarlos hasta el fuego del hogar y los aromas de la infancia. Jasón le dio un emotivo abrazo a su viejo paisano y, a continuación, le encomendó una tarea que solo un experto conocedor del territorio podía realizar.

—Busca un caballo ligero y regresa cuanto antes a Yolcos por tierra —le dijo—. Acércate a la ciudad sin que nadie perciba tu presencia. Ocúltate en las sombras. Que tus ojos corran como los ojos de los felinos en la noche y regresa con el día para decirnos lo que has visto.

El audaz explorador partió de inmediato. Conocedor del terreno, la luz de la luna le bastó para cruzar la playa pedregosa y larga de Ptéleo y perderse en la noche.

4

El desembarco en Págasas

Cuando el cielo nocturno comenzó a palidecer sobre los soldados apostados en la playa de Ptéleo por tercera vez, Jasón había urdido su estrategia. Las noticias traídas por el explorador habían confirmado sus sospechas: gran parte de la ciudad sufría bajo el yugo de Acasto y no lo reconocían como el legítimo rey. Cuando las sombras se apoderaron del paisaje y la Argo y sus dos compañeras se confundieron con las montañas que las rodeaban, el esónida dio orden a Cástor y Pólux de hacer una incursión hacia el macizo montañoso del Pelión llevando consigo a los marinos yolcos con la intención de comprobar el estado del terreno y reclutar nuevos soldados entre los leales a los eólidas. Él los esperaría junto a los mirmidones de Peleo en la playa.

La mayoría de aquellos hombres que formaban ahora el pelotón de infantería comandado por los Dioscuros recordaba la orografía de Yolcos de sus andanzas juveniles, e incluso

los más jóvenes la habían aprendido de las minuciosas descripciones de sus padres. A medida que avanzaban monte adentro, los mayores ilustraban a sus primogénitos señalando los accidentes naturales tantas veces soñados durante los años del destierro. Al cabo de un par de horas de marcha, encontraron un asentamiento habitado por unas pocas familias de montañeses arraigados desde tiempos ancestrales en la serranía pese a las inclemencias. A su encuentro salió un grupo de diez o doce mujeres rodeadas de niños de tez morena. Desde su posición, los soldados podían distinguir claramente la esbeltez de sus cuerpos y la redondez de sus ojos enormes y curiosos. Al acercarse, no pudieron dejar de asombrarse por la extrema flaqueza de aquellos montaraces, olvidados a su suerte por el indolente rey de Yolcos. Cuando aquellas mujeres comprendieron quiénes eran, les revelaron que entre ellos se refugiaban también campesinos huidos de la hambruna y del maltrato al que los sometían las nobles familias afines al hijo de Pelias.

—Por lo menos, aquí sobrevivimos sin tener que entregar las cosechas y sin recibir ningún daño —concluyó una de las mujeres al relatar su historia.

Los antiguos yolcos no daban crédito a lo que estaba sucediendo en su tierra natal, y los ojos de muchos de ellos brillaron con la fuerza de las lágrimas contenidas al ver reducida a la miseria a los jóvenes y las mujeres de su antigua patria.

—Pero ¿no se realiza un reparto de las cosechas en la ciudad? ¿Ni siquiera una parte mínima para daros fuerza en el trabajo? —preguntó Cástor sin dar crédito a lo que oía.

La mujer sonrió para darle a entender que aquella era una pregunta ingenua y luego negó con la cabeza con cierta turbación. Entonces Cástor hizo un gesto y su hermano Pólux y los soldados, visiblemente conmovidos, comenzaron a depositar parte de sus provisiones en tierra. Paulatinamente, de entre la maleza aparecieron los esposos y los hijos mayores de aquellas valerosas mujeres que habían recibido a los soldados extranjeros.

—Nos escondimos por si eran las milicias de Acasto —se excusó uno de los hombres—. No es la primera vez que pasan por aquí para reclutar soldados por la fuerza o picapedreros para sus canteras.

Los Dioscuros y sus hombres procuraron reconfortarlos transmitiéndoles las buenas noticias: Jasón regresaba por fin a Yolcos y pronto tendrían un nuevo rey. Los jóvenes lo miraron escépticos. Los más viejos, sin embargo, lo celebraron con entusiasmo e hicieron llamar al más anciano de todos para que saliese de la gruta en la que se escondía y se uniese a ellos. Cuando aquel hombre de edad provecta lo escuchó, hizo matar una cabra y un cabrito para celebrarlo. Se empeñó en escogerlos él personalmente y ayudó a aderezarlos para agasajar a los portadores de aquellas nuevas de esperanza. Los soldados intentaron rehusar su ofrecimiento, pero el viejo hizo caso omiso de sus palabras. Entonces, Pólux, para corresponder a su hospitalidad, envió a cuatro soldados con experiencia en los terrenos a conseguir algo de caza. Al cabo de un par de horas, la expedición estaba de regreso con un jabalí y un buen número de aves con los que obsequiaron a aquellos rústicos anfitriones por su generosidad antes de continuar su marcha hacia las llanuras de Yolcos.

A lo largo de los caminos encontraron otros asentamientos en condiciones paupérrimas, más insalubres cuanto más

próximos se encontraban a la ciudad. Pero según avanzaban, las noticias del retorno de Jasón se iban extendiendo y con ellas se alimentaba la esperanza de devolver el trono de Yolcos al valeroso esónida y con él, la dignidad a sus infelices ciudadanos. Cada vez más hombres se unían al pelotón de infantería. Habían transcurrido ya dos jornadas desde que partieran de la playa de Ptéleo y su número se había multiplicado por diez. Satisfechos, los Dioscuros y el nuevo ejército regresaron a la playa de Ptéleo, donde Jasón los esperaba con los navíos prestos para zarpar.

∞∞

Acasto, por su parte, se había aprestado a recuperar el tiempo que perdiera esperando un ataque venido de los cielos en lugar de las aguas. Para ello, había enviado espías y oteadores a los cuatro rincones de su reino. El explorador venido de la costa de Ptéleo, al sur de sus dominios, le había traído un mensaje desalentador: el enemigo se acercaba por el sur y se necesitaban refuerzos con presteza, puesto que las tropas de Jasón habían multiplicado su número gracias a las adhesiones rebeldes. Sin demorarse un solo instante, Acasto envió a sus más veloces jinetes con órdenes urgentes para las tropas que había ordenado apostar por los confines de Yolcos cuando aún ignoraba por dónde atacaría su enemigo. Debían regresar inmediatamente a la ciudad y prepararse para presentar batalla en campo abierto. Luego llamó a su comandante en jefe y le encomendó las maniobras de defensa de la ciudad, en el caso de que los invasores llegaran hasta ella. Acasto dudaba de que esto aconteciera, pero dio la orden igualmente. Su soberbia, en esta ocasión, no prevalecería sobre la prudencia, pues en la guerra es la segunda, se lamentaba, la que dicta mejores estrategias.

Fue la prudencia lo que lo llevó a ordenar abrir zanjas alrededor de la ciudad. Al otro lado de las murallas, un pelotón de zapadores cavaba profundos surcos alrededor de los muros. El superior al mando apremió a los cavadores para que terminaran cuanto antes su trabajo, obligándolos a seguir levantando la tierra sin descanso. Estos cavadores no eran soldados profesionales pues, para evitar que sus soldados se agotaran, se había obligado a dos centenares de campesinos a excavar aquellas pozas a marchas forzadas, de modo que los hombres estaban completamente exhaustos y sucios, ya que el polvo se adhería a sus cuerpos impregnados de sudor. Uno de ellos salió del hoyo para pedir agua: el soldado que cumplía las funciones de capataz lo sacudió con una vara y lo instó a volver a su sitio.

—¡No retrases el trabajo! ¿O es que tienes prisa por cavar también tu sepultura? —dijo el jefe.

El cavador continuó hasta casi desfallecer y, ese mismo día, terminaron el trabajo. A continuación, los trabajadores forzados cubrieron las zanjas con ramas y maleza que posteriormente cubrieron con arena para camuflarlas. Como barrera preventiva, levantaron empalizadas y afilaron los extremos de algunos troncos que cruzaron en forma de aspa.

Mientras los campesinos se afanaban en estas maniobras de defensa, los soldados de Acasto, siguiendo siempre las disposiciones de su rey, ordenaron a los pastores de los territorios aledaños que juntaran sus rebaños y los llevaran a los establos habilitados para la ocasión en los límites de la ciudad. Acto seguido, mandaron a los campesinos, incluyendo

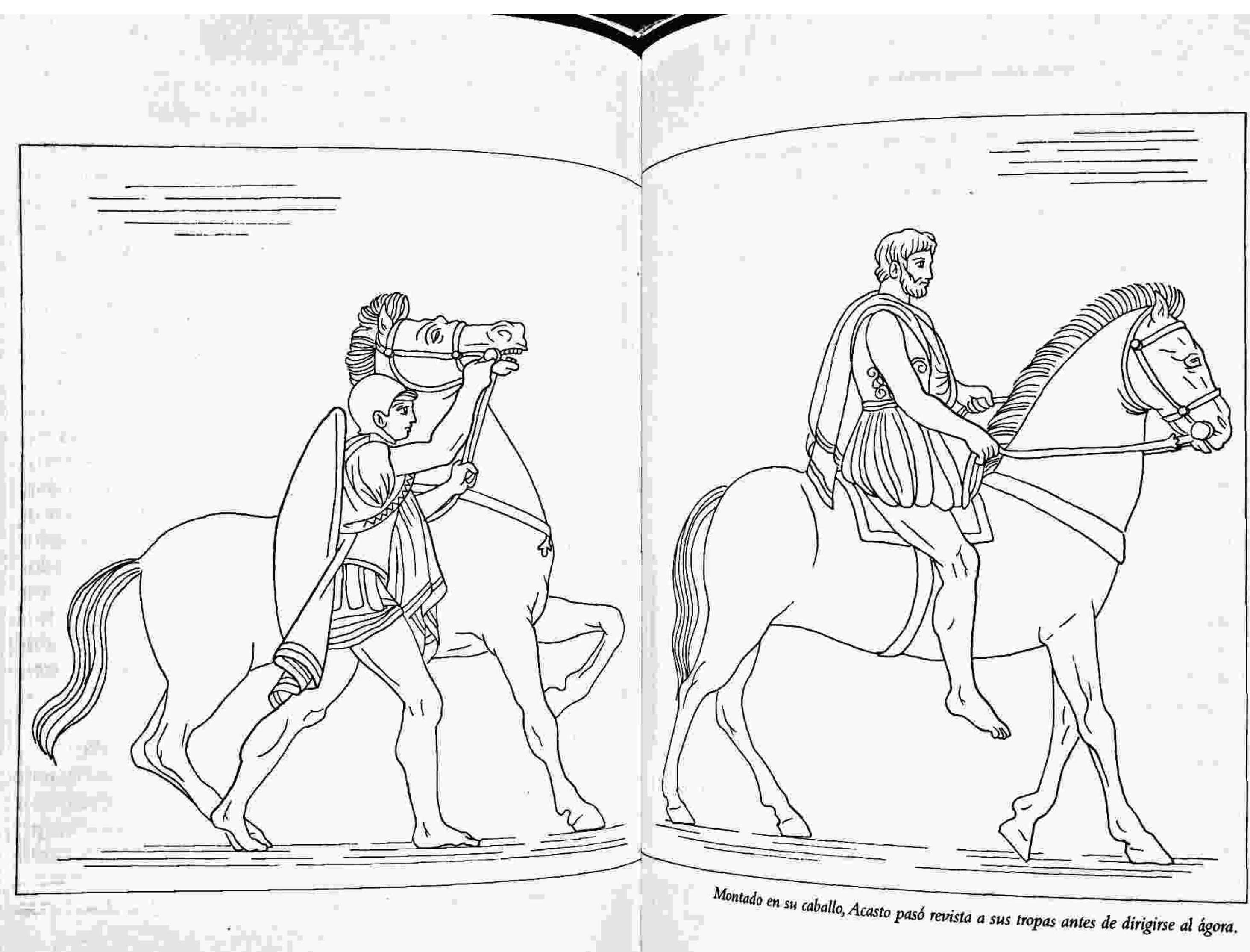
a aquellos que habían trabajado en las zanjas y a sus familias, que hicieran acopio de provisiones: debían cargar sus carros con sus existencias de grano y trasladar su ganado y su averío a unos corrales improvisados en las murallas de Yolcos, de las que no podrían salir.

Pero Acasto no solo pretendía abastecer a su ejército y su población, sino dejar al enemigo sin provisiones ni lugares donde cobijarse. Después del éxodo de los lugareños hacia las murallas de la ciudad, los soldados empezaron a quemar tanto las humildes viviendas de los campesinos como las cosechas que aún no habían sido recolectadas. Cuando los últimos rayos de sol se hubieron hundido en el mar, los fuegos iluminaron el negro cielo de Yolcos.

La voz de alarma corrió a lo largo de la costa hasta llegar a las playas del golfo de Págasas, atravesó la firme muralla y recorrió los pasillos de palacio, donde desde la boca de los oficiales llegó hasta al rey: los retenes de la costa habían avistado de nuevo la flota de las naves enemigas. Al recibir la noticia, Acasto subió precipitadamente a la azotea del palacio. Miró hacia el horizonte sin saber que repetía el mismo gesto que su padre Pelias había compuesto cuando la Argo arribara por primera vez a Yolcos, muchos años atrás. Al observar la bóveda celeste, al rey le pareció que la intensidad con la que brillaban las luminarias superaba la de las noches anteriores, luciendo con una funesta intensidad. Bajo su premonitorio resplandor pudo ver de nuevo la silueta de la Argo a contraluz, regresando bajo el reflejo plateado del carro de la luna como un ave nocturna desafiante y ostentosa que exhibiese el plumaje de sus alas. A pesar de que aún no se podía distinguir ningún estandarte en la distancia, Acasto ya

sabía quién era el comandante que gobernaba aquel navío. Al igual que Pelias, veía regresar al esónida a Yolcos después de la revelación aciaga del oráculo. Pero esta vez no había en su llegada una promesa de renombre al lado de los argonautas, sino un peligro para sí mismo y su familia. Él era ahora el rey de Yolcos y no un príncipe aventurero que volvía de la Cólquide contrariando las órdenes de su padre. Se estremeció un momento, pensando en el giro que habían dado los acontecimientos. Ese era su reino ahora, se repetía, y Jasón volvía de nuevo, incansable, a reclamarle el trono que Pelias había defendido para su linaje. Pero una cosa había cambiado: él era el hijo del último rey de Yolcos, y el reino, se decía, le pertenecía por derecho de sangre.

Descendió entonces hasta la gran sala principal del primer piso para reunirse con sus leales estrategas, que esperaban expectantes las órdenes de su rey. Acasto ordenó convocar a sus tropas, que habían ido llegando a la ciudad desde todos los puntos del reino. Luego dispuso que se reuniese a los ciudadanos de Yolcos en el ágora. Cuando los portadores de sus mensajes salieron, envió a uno de los soldados de su séquito a los establos con instrucciones de ensillar su caballo, un portentoso semental azabache, y de llevarlo a las puertas de palacio. Después, secundado por los comandantes de sus tropas, salió a la entrada del majestuoso edificio. Allí, como había previsto, lo esperaba su ejército al completo. Con la mirada puesta en la lejanía, hizo una señal al soldado que sostenía las riendas de su caballo para que se acercara. Luego, sin decir palabra, introdujo el pie en uno de los estribos de la espléndida montura y se alzó ágilmente a la grupa del magnífico animal. Sobre él pasó revista a sus tropas, observando



Montado en su caballo, Acasto pasó revista a sus tropas antes de dirigirse al ágora.

complacido a sus soldados, que lo miraban con gesto solemne, comprendiendo la trascendencia del momento en el que se encontraban. Con un tirón seco de las riendas, detuvo a su caballo frente a ellos, dominando con firmeza a la bestia. Desde lo alto de su posición, dio orden de que lo siguieran hasta el ágora.

⋄⋄⋄

Las antorchas iluminaban los rostros de los ciudadanos de Yolcos reunidos en la plaza pública, presos de la incertidumbre. Una muralla de soldados se interponía entre el rey y la turba. Desde el centro del ágora, sin bajar de su montura, Acasto se dirigió a la muchedumbre.

—¡El instigador de la muerte del rey Pelias, que utilizó las mágicas artes de su esposa para que mis propias hermanas descuartizaran a mi padre y vuestro soberano, vuelve a intentar convertiros en sus súbditos! —clamó—. ¡No permitiremos que un regicida ocupe el trono que él mismo instó a manchar con crímenes de sangre! ¡Defendamos Yolcos!

Entre la muchedumbre se produjo un pequeño alboroto. Un par de soldados de aspecto altivo intentaban acallar las voces de tres ancianos que proferían insultos e improperios contra el rey.

—¿Ahora pretendes alimentar nuestros cuerpos con mentiras? —dijo uno de los ancianos—. ¡Bien sabes que Jasón nada tuvo que ver con las oscuras artes de su esposa! Los estómagos vacíos de tu pueblo aúllan la verdad: que no fue Jasón sino nuestro rey Acasto quien ha quemado nuestros campos y destruido nuestros hogares, saqueando lo poco que su codicia nos había dejado.

Ante el coraje del vetusto ciudadano de Yolcos, otras voces se animaron a seguir su ejemplo.

—¡Fue tu padre quien se manchó las manos con un crimen que ofende a los dioses, provocando la muerte de su medio hermano Esón! —gritó otro—. ¿Y ahora tú te propones asesinar al hijo del eólida?

Los ojos de la multitud iban sucesivamente de los ancianos al rey, a quien cada vez miraban con mayor desconfianza. Acasto callaba, desconcertado por la osadía de su pueblo.

—¡Restituye en el trono a su legítimo dueño! —le exhortó otro de los ancianos—. ¡Jasón regresa con las manos abiertas a su patria y su ira no se desata contra los yolcos, sino contra la casa de Pelias, el usurpador!

Varias voces más manifestaron sus quejas siguiendo el impulso de los ancianos, pero los soldados estaban adiestrados para hacerlas callar. Acasto había recompuesto el gesto y estaba preparado para afrontar las voces disidentes. A su señal, sus hombres golpearon a los alborotadores con sus escudos y los ahuyentaron del ágora espada en mano. Aun así, el silencio de su pueblo gritaba aún más alto que sus quejas.

El rey no podía seguir soportando las miradas de desconfianza que lo acorralaban, que lo incomodaban tanto como los gritos de protesta, y le hacían comprender que su propio pueblo estaba contra él. Haciendo girar en redondo a su caballo, abandonó el ágora seguido de sus comandantes, al frente de todas las fuerzas que habían permanecido en la ciudad. Cuando se hubieron alejado lo suficiente del gentío para no ser vistos, ordenó a los mandos superiores que se detuvieran y no realizaran un movimiento hasta que él no lo indicara. Dicho esto, se alejó al galope hacia los bosques que circundaban la ciudad junto

a su hombre de confianza, que tanto se le parecía. Cuando se sintieron protegidos por la foresta y la noche, ambos hombres se apearon del caballo y, al amparo de la oscuridad, se intercambiaron la capa y el yelmo que distinguía a Acasto como caudillo y jefe de todos los ejércitos, recordando una vez más la treta que habían urdido en los corredores de palacio durante sus últimos paseos. Con los papeles invertidos y la estrategia clara, se reunieron de nuevo con las tropas. Frente a ellas, el falso rey le dio unas indicaciones a su comandante en jefe y este partió al galope. Luego, dio orden al grueso de las tropas de seguirlo a la playa de Págasas, hacia donde los vigías habían confirmado que se dirigía el ejército enemigo.

Mientras, con la apariencia de su leal amigo, Acasto cabalgaba de regreso junto a su familia.

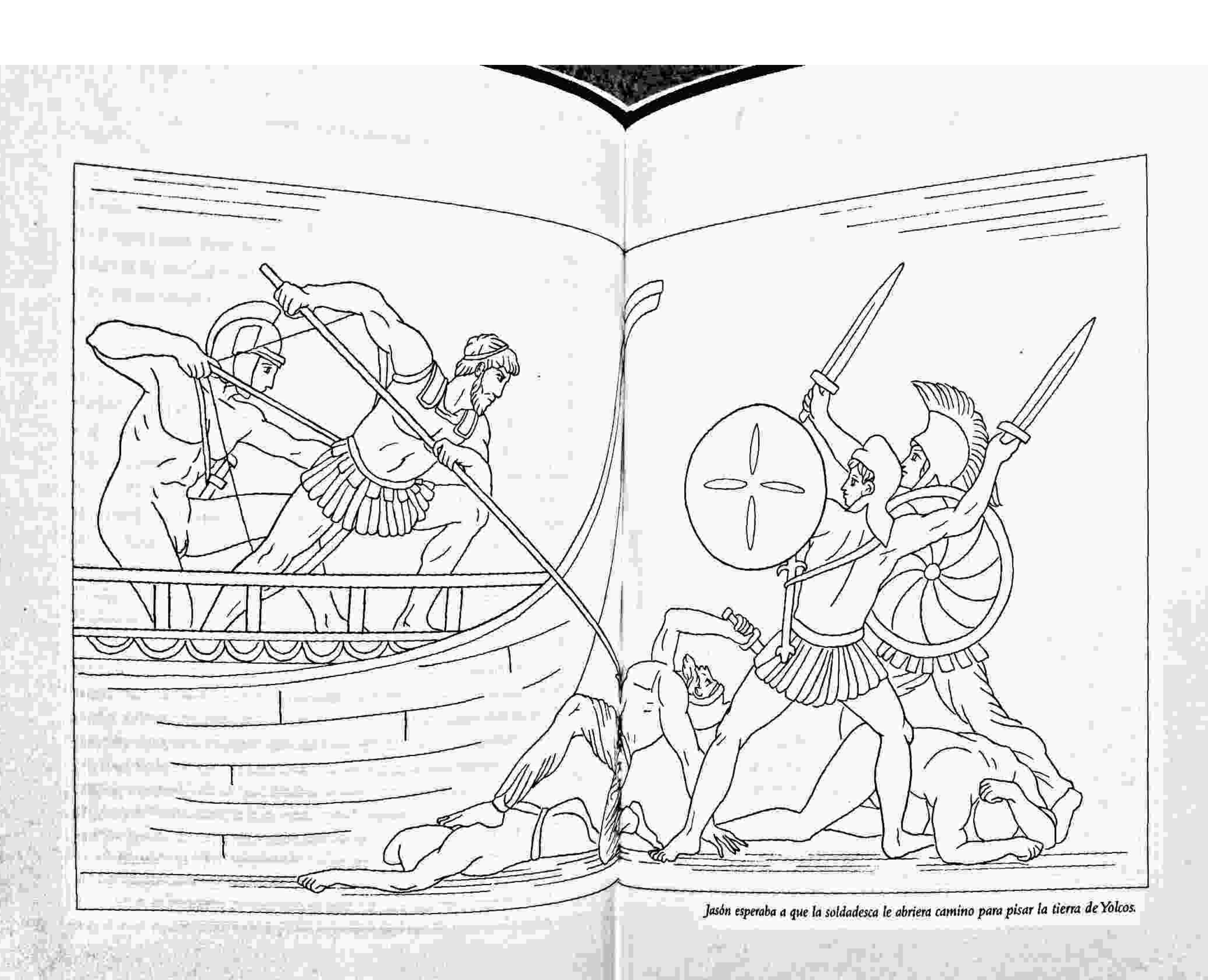
∞

Desde tres imponentes navíos, una ráfaga de flechas cayó sobre la playa. La primera línea de los soldados de Acasto, que se encontraba en la orilla, retrocedió velozmente para esquivarla. Como respuesta, los arqueros del rey lanzaron sus saetas contra la terna de naves que invadía ya sus aguas. Algunos de los proyectiles se clavaron en la proa de la Argo. Jasón emergió entonces desafiante tras su escudo, se descolgó por un cable y rompió con el pie los dardos que habían perforado el tajamar de su navío para que no le sirvieran de escalinata al enemigo. Luego, a su señal, los de a bordo respondieron con otra lluvia de flechas, obligando a los de tierra a replegarse aún más en sus posiciones. Entonces, una rauda jabalina pasó rozando la mejilla de Tésalo y, pese a que ni siquiera le hizo un rasguño, Jasón se irguió furioso sobre el travesaño del

bauprés y emitió un largo aullido. Al oírlo, los cincuenta tripulantes de la Argo, que a las órdenes de Jasón habían subido con sus arcos a cubierta, se abalanzaron sobre los remos y empezaron a bogar con la máxima potencia hacia la playa, en cuya orilla batían salvajes las olas. En el último momento levantaron al unísono los cincuenta palos en alto, aprovechando así la fuerte inercia que traían y el empujón del viento en popa para planear unos cuantos metros.

Los soldados de los otros dos navíos imitaron su maniobra y, como una exhalación, las tres naves remontaron el repecho donde batían las olas y encallaron en la arena. Las embarcaciones quedaron medio hundidas en las suaves dunas que ondulaban la superficie de la agreste playa. Los marinos bajaron entonces los remos con fuerza y golpearon a un destacamento de soldados que trataba de abordarlos. Los que no perecieron aplastados simularon perder el sentido y escaparon para rearmarse, justo antes de que el ejército invasor pasase sobre ellos al desembarcar.

De la Argo descendieron los defensores del linaje de los eólidas. Como si de un ejército de hormigas se tratara, por encima de los remos de las otras dos naves comenzaron a bajar los mirmidones con sus negras corazas. Peleo, con el rostro encendido por la euforia, gritaba encaramado al mástil de una de las dos embarcaciones proporcionadas por su padre al contemplar por fin el desembarco del ejército. Desde lo alto del palo, observaba las habilidades del enemigo, y esperaba a ver cómo caían los primeros hombres antes de lanzarse también él a la batalla. Mientras, erguido en la proa de la Argo, Jasón sostenía sus dos lanzas y esperaba a que la soldadesca le abriera el camino para volver a pisar la tierra de



Jasón esperaba a que la soldadesca le abriera camino para pisar la tierra de Yolcos.

Yolcos y desplegar su fuerza en ella. Tésalo, que no se había separado de él, lo observaba con admiración.

—He aquí la hermosa tierra de tus ancestros —le dijo Jasón, solemne—. Muy pronto nos será devuelta.

Su hijo le respondió con una devota inclinación de cabeza, pues las palabras expiraban en su garganta, impresionado por el agresivo despliegue del ejército que formaba en tres largas líneas paralelas para emprender la primera embestida.

∞

Las fogatas que el destacamento de soldados apostado en la playa desde que Acasto vislumbrara el meteoro había encendido para pasar la noche se habían extinguido, dejando sobre la arena blanca manchas de hollín oscuras y circulares. A lo largo de la costa se multiplicaban las sombras de los cientos de luchadores bajo el sol, que asomaba de nuevo su curiosa mirada, reflejando sus destellos pasajeros en los broncíneos cascos y corazas. Las dos líneas enemigas estaban una frente a otra, los esónidas daban la espalda al mar que los había conducido hasta allí y el ejército yolco, a la duna serpentina. Entonces Jasón, desde su puesto en la proa, lanzó la sonora voz de ataque. Corrieron los unos contra los otros hasta el medio de la hondonada, donde el chasquido de los escudos resonó para dar paso al sonido metálico de espadas y al seco quejido de los combatientes que caían atravesados por las puyas de los temibles mirmidones. A las cenizas de las fogatas apagadas se añadió el rojo de la sangre, de modo que a las gaviotas que volaban sobre la playa esta se les aparecía como una larga y ancha tela extendida, tintada de bermellón y negro, poblada por cientos de minúsculos seres enfrentados en caótico desorden. Después del primer choque y del gran número de bajas en sus filas, los yolcos se retiraron para contraatacar con la artillería, que esperaba apostada en lo alto de una duna la señal para defender su posición, armada con hondas y con arcos. Como reacción a un gesto del falso Acasto, los mirmidones recibieron una lluvia de piedras sobre sus cabezas, que los hirió sin detenerlos. Mantenían un paso firme y regular con el que aplanaban la arena debajo de sus pies. Los de Yolcos comenzaron entonces a arrojarles flechas encendidas y piedras incandescentes impregnadas con brea que sacaban de calderos enterrados en las fosas abiertas por los campesinos. Consiguieron así dispersar parcialmente a aquel arrollador escuadrón que, ataviado de negro y siguiendo a su comandante al unísono, aniquilaba a los soldados yolcos como una marabunta. Algunas lanzas abatieron a una minúscula parte de los que encabezaban el implacable avance mirmidón. A los que caían vapuleados por las piedras los sustituían otros ganando la posición con la rodilla en tierra y los escudos en alto para protegerse de recibir mayores daños. Esperaban a que retronara la pedrea en sus defensas y ayudaban a incorporarse a los compañeros caídos que aún podían luchar. Junto a ellos avanzaba el resto del ejército de Jasón, relevándose en el lanzamiento de jabalinas y agachándose después de cada tiro para cubrir su posición con los escudos. Al llegar a la línea defensiva del ejército de Acasto, desenvainaron las espadas con un espeluznante grito de ataque.

Cuando se produjo el choque de ambos ejércitos cuerpo a cuerpo, Jasón saltó de la Argo y, en veloz carrera hacia el frente de sus tropas, recogía las jabalinas que encontraba a su paso para lanzarlas a uno y otro lado atravesando a todo

aquel al que apuntaba, por muy larga que fuera la distancia. Su hijo lo seguía de cerca, sosteniendo las dos lanzas que distinguían al esónida entre todos los guerreros. Cuando su padre así se lo ordenaba, Tésalo se tumbaba en el suelo y, también a su mandato, se levantaba y corría junto a él como su sombra, haciendo las veces de ayudante de armas. Saltó luego Peleo de su nave y corrió bajo la protección de un pelotón de mirmidones que lo rodeaba hacia el frente de sus tropas. El penacho negro de su casco emergía por encima de los cascos de la guardia que camuflaba el avance de su ataque hasta que dio una voz y la cuadrilla le abrió paso. Llevaba una daga larga en una mano y en la otra, una espada. Con ellas atacaba a diestra y siniestra. Cuando varios hombres emprendían un ataque conjunto contra él, incitados por su rabia y el rango que denotaba su armadura, el pelotón de mirmidones que lo protegía se cerraba de nuevo a su alrededor. De consiguiente, el grupo de atacantes quedaba desconcertado y por encima de los escudos cerrados emergía por sorpresa la afilada embestida de su espada como si fuera el aguijón de un escorpión.

Las lanzadas de Jasón atravesaron a decenas de hombres, que caían uno tras otro empapados en la sangre que brotaba a borbollones de sus gargantas y torsos. Los guerreros que luchaban junto a él y los mirmidones que resguardaban las acometidas sangrientas de Peleo forzaron la retirada de aquella primera línea costera de la vanguardia del ejército de Acasto.

Sonó una caracola y los de Yolcos emprendieron una fugaz carrera hasta retrasar su posición, ocultándose detrás de la barrera rocosa donde les esperaban más refuerzos. Desde allí

contemplaron al ejército enemigo sin ser vistos. Impregnados de polvo y arena de la cabeza a los pies, los invasores se les antojaron estatuas de sal talladas por el viento.

Aunque Jasón conocía el terreno como cualquier yolco, no podía saber exactamente en qué parte de la muralla de rocas que la salvaje naturaleza les ofrecía se encontraba el ejército de Acasto, y sus hombres permanecían inmóviles en la arena. Rasgó el silencio el grito solitario de un vencejo que pasó volando a ras de suelo y se elevó de nuevo describiendo una curva en forma de hoz. A lo lejos se escuchó el relincho de un caballo indiscreto, detrás de la parte de la barrera de rocas más distante de la ciudad. El esónida levantó entonces la mano e hizo un gesto para indicar a los suyos que siguieran adelante. La tropa se puso en marcha hasta igualar el ritmo de su avance, a paso ligero, en dirección a los peñascos tras los que se ocultaba el enemigo. Sortearon los riscos y ante ellos apareció un espacio yermo entre las arenas de las playas y los bosques que se asoman peligrosamente al mar. Allí encontraron al ejército de Acasto. Sin perder un momento, Jasón se lanzó al ataque dispuesto a librar el siguiente asalto.

Resonaron de nuevo los quejidos y resuellos y volvió a oírse el choque metálico de las corazas y las armas. Jasón se volvió hacia su hijo Tésalo y agarró las dos lanzas cortas de combate que este le sujetaba. Emprendió la persecución de Acasto, al que reconoció por su armadura, y su hijo lo siguió tratando de no adelantarlo ni de extraviarse entre la muchedumbre que combatía frenética. El impostor se adentró en la zona boscosa contigua a la hondonada, mientras los eólidas lo seguían a cierta distancia. Al llegar al bosque, Jasón y Tésalo

caminaron por una zona encharcada todavía por las lluvias, donde se alzaban altos álamos blancos que bailaban mecidos por una brisa salitrosa. Una bruma baja velaba parcialmente la visibilidad. Salieron de los charcos y se dirigieron bosque adentro con cautela, evitando que las hojas secas que cubrían la tierra delataran su presencia al crepitar bajo la presión de sus pisadas.

—Quieto —le ordenó su padre a Tésalo.

De pronto aparecieron dos jinetes que aguardaban emboscados. Uno de los caballos hizo caer al joven Tésalo al aparecer entre la niebla. Jasón golpeó con una de las lanzas al jinete y lo derribó, atravesándole el cuello con la punta de la otra jabalina, que sostenía con la derecha. Retiró la puya con un seco tirón hacia atrás. Mientras lo hacía, el otro caballo saltó para no pisar el cuerpo del caído, situándose junto al esónida. Jasón le propinó un bastonazo en las rodillas delanteras. El animal, relinchando de dolor, se encabritó repentinamente y arrojó al jinete de su montura. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que había sucedido, el esónida lo clavó en el suelo con su lanza.

—Quédate aquí —le dijo a Tésalo, y lo empujó para que mantuviese el cuerpo protegido contra un árbol. Después desapareció corriendo entre la niebla.

Tésalo oyó las ligeras zancadas de su padre sobre las hojarasca. Luego percibió crujidos y golpes secos, y al cabo de un instante, llegaron hasta él los inconfundibles sonidos de un gemido, un cuerpo que caía y los cascos de un caballo que se alejaba al galope bosque adentro. Mientras aguzaba el oído, intentando averiguar la dirección por la que escapaba el jinete, una lanza enemiga se clavó en el tronco

que estaba justo al lado de su oreja. Escuchó entonces otro quejido a su derecha, a poca distancia, y el sonido de otro hombre que caía entre las hojas. De repente sintió la punta de un cuchillo en su garganta. Por inercia, irguió instintivamente la cabeza, pero cuando hubo comprendido la situación, volvió lentamente el cuello, pues quería mirar a los ojos a aquel por cuya mano iba a morir. Entonces, sus ojos se encontraron con los de Peleo. Aterrorizado por la acción que había estado a punto de cometer, el rey de Ftía apartó al instante la daga de la garganta de su amigo al tiempo que inclinaba tranquilizadoramente la cabeza. Mientras Tésalo recuperaba el resuello, Peleo, encomiándolo por gestos a que no hiciera ningún ruido, desapareció tan precipitadamente como había llegado. Aún no se había recuperado Tésalo de tan extraña aparición cuando escuchó los bufidos cercanos de varios caballos. Aguzó el oído, pero no le fue posible oír nada más. Observó que los rayos solares penetraban a través de las brumas, y que una corriente térmica comenzaba a dispersar las neblinas y las elevaba hacia las copas de los árboles. Entonces pudo ver a lo lejos a su padre y a Peleo que se acercaban caminando, sosteniendo los caballos con las riendas. Peleo llevaba un bulto esférico colgando de una mano. Cuando estuvieron suficientemente cerca, el rey de Ftía levantó la cabeza humana que agarraba por el pelo y se la mostró con visible cólera.

—Mira —exclamó haciendo una mueca de desprecio—. No era él. Este infeliz vestía la capa de Acasto. Y su yelmo, también. Al menos, ya no podrá llevarlo más —dijo mientras arrojaba la cabeza lejos de ellos con un gesto despectivo.

Después Peleo montó en el caballo que traía, y Jasón hizo subir a Tésalo al suyo tras él. En un trote rápido, se encaminaron en dirección a la playa, ansiosos por conocer el desenlace de la batalla.

∞

Después de superar las barreras rocosas, la infantería comandada por Pólux y por Cástor dejaba tras de sí un reguero de muertos en el campo. Habían luchado cuerpo a cuerpo desde que el ígneo astro ascendiese a los cielos para ver el desembarco de Jasón, pero el cansancio no parecía haber hecho mella en ellos. Pólux pasó por la espada uno tras otro los treinta soldados yolcos que, dispuestos en fila, se arrojaron contra él tratando de tenderle una emboscada. Cuando el Dioscuro corría por el campo de batalla a paso ligero, los treinta hombres se levantaron de repente del suelo, donde yacían tumbados simulando que estaban malheridos y se lanzaron contra él. Con agilidad felina, Pólux atravesó al primero que lo atacó con su espada, hundiéndosela en el estómago. Su enemigo cayó de bruces ante él, sirviendo así de obstáculo a cuatro soldados que se acercaban como un tropel de equinos desbocados. Pólux les cortó el cuello de través con dos movimientos simétricos a uno y otro lado. Luego, exhibiendo su destreza, agachó la cabeza ante una jabalina disparada por un brazo adversario y la lanza atravesó las gargantas de dos enemigos que lo atacaban por detrás. Mientras tanto, su hermano Cástor corría a lomos de una magnífica yegua torda que los campesinos fieles a Jasón habían logrado sustraer al saqueo de Acasto. Desde su montura, Cástor derribó con las piedras de su honda a

otros treinta soldados de a pie. Los heridos perdían la vista y la orientación por las certeras pedradas, y, al pasar junto a ellos, los remataba con una larga puya.

El sonido metálico y sordo de las espadas contra los escudos y corazas en movimiento sonó durante horas, hasta que la sangre tiñó de nuevo las áridas llanuras que se perdían en lontananza. Dos batallones completos del ejército de Acasto se retiraron hacia Yolcos para defender las murallas. De ese modo, cuando los Dioscuros alcanzaron la retaguardia, solo quedaba en pie medio centenar de soldados enemigos que, al contemplar la determinación con que los Dioscuros y sus hombres abatían a los suyos, los recibieron dejando caer sus armas y alzando los brazos para no sufrir el mismo destino de los que yacían sin vida en las llanuras. Habían tomado la playa de Págasas. Esta vez habían vencido.

5

Los descendientes de Creteo

Peleo y Jasón, siempre acompañados por Tésalo, alcanzaron el campo de batalla, eufóricos al ver la rendición del ejército enemigo. Tras un corto debate entre los dos comandantes de navío, decidieron que los prisioneros los precederían en su marcha a la ciudad.

Los hicieron a caminar delante de ellos para evitar caer en alguna de las trampas que ya habían encontrado por el camino. Una de sus avanzadillas había perdido el suelo debajo de los pies y algunos soldados habían caído una de las zanjas camufladas. Tras superar las empalizadas y las trampas que los cautivos señalaron, los Dioscuros ofrecieron agua a los prisioneros y les permitieron descansar. Ante aquel noble gesto, uno de los oficiales yolcos concluyó que, si el esónida enviaba a sus hombres a hacer la guerra con honor, cuando llegase la paz tal vez enmendaría los entuertos con que su rey menospreciaba las vidas de los habitantes de su reino.

Se dirigió a los gemelos para solicitar que, en lugar de retenerlos como prisioneros o de abandonarlos a su suerte, les permitiesen unirse a ellos para engrosar sus filas antes de entrar en la ciudad. El oficial contó a los Dioscuros cómo su propio ejército quemó las cosechas y arrasó los campos en los que muchos de sus hombres habían trabajado desde siempre, y cómo los obligaron a contemplar con dolor la destrucción de sus hogares. Del mismo modo, los que gozaban de un mejor entrenamiento en la milicia reconocieron a su vez la dignidad con que los enemigos los trataban: conscientes de su inferioridad como soldados y habiendo comprobado que los invasores respetaban incluso a los más débiles, solicitaban unirse a la causa de Jasón para derrocar a Acasto.

Entre dos luces se vislumbraban ya las murallas. Aquellos que no habían optado por unirse al ejército de Jasón habían huido del campo de batalla, y solo los dos batallones que el falso Acasto había enviado a defender la ciudad seguían siendo leales a su rey. Cuando Jasón los vio apostados frente a la fortaleza, le parecieron una legión de hombres desharrapados y descreídos de la protección de ningún dios. Pero, aun así, estaban determinados a defender a Acasto de aquellos que consideraban los enemigos de Yolcos.

—Soldados de Yolcos —exclamó Jasón—, nada tengo contra vosotros, pues sois fieles protectores del reino, y vuestro coraje os viste con la dignidad que no tienen vuestras ropas, y os hace merecedores de nuestro respeto. Sin embargo —prosiguió—, defendéis a un usurpador, os equivocáis al mirar hacia dentro de las murallas, pues es el legítimo rey de Yolcos quien ahora os habla a sus puertas. Abridlas, y prometo que ninguno de vosotros será lastimado.

Los soldados de Acasto se miraron los unos a los otros, dubitantes, pero ninguno se movió. Entonces Peleo, con la aquiescencia de Jasón, dio la señal de ataque a los mirmidones, que avanzaron en formación sin perder el paso, como si fueran un solo hombre. Desde las torres y los tejados de Yolcos, toda la población los observaba. Las matronas con sus hijos a las espaldas y los frágiles ancianos, inquietos por el devenir de los acontecimientos, habían improvisado estos puestos de vigía para aplacar su incertidumbre. Desde allí contemplaban horrorizados cómo aquellos escuadrones enemigos se desplegaban rápidamente para presentar batalla frente a las puertas cerradas de la ciudad.

Después de una señal de cada uno de los ejércitos enfrentados, los guerreros de uno y otro bando hincaron las lanzas en tierra y reclinaron sus escudos sobre ellas. Se oyó entonces la voz de ataque en la garganta de Jasón. En las murallas, los soldados no sabían cómo reaccionar. Su rey no estaba para darles ninguna orden, por lo que el soldado de mayor rango se hizo cargo de la situación. La última instrucción que había recibido era la de defender la ciudad, y así lo haría: debía detener el avance enemigo. Tras apostar una tropa de soldados en lo alto de la muralla, ordenó abrir sus puertas y, como un eco, repitió la voz de ataque que había dado Jasón. Así arengados, los ejércitos desiguales se encontraron en la llanura de delante de la ciudad y los soldados se lanzaron en tropel los unos contra los otros con los escudos protectores y las lanzas de aguda punta por delante. Resonó una vez más el cruel chasquido de las defensas y el tumultuoso quejido de los heridos yolcos que sucumbieron frente a la fuerza de los implacables mirmi-

dones, que llenaban el campo de batalla con el entrechocar metálico de las espadas que parecían acompasar al caótico baile de hombres girando en círculos y salpicando sangre en derredor. Se lanzó adelante entonces el esónida con una jabalina en cada mano y fue tras él Peleo empuñando la espada. Los Dioscuros les fueron a la zaga, Cástor sobre su alta yegua y Pólux esquivando los mortíferos dardos de los arqueros enemigos, que flechaban sus saetas contra ellos. Jasón protegía sus espaldas con la voz de su vástago, que le prevenía de los ataques. Tésalo manejaba ya las lanzas cortas con cierta habilidad. Emulaba con ellas los movimientos de su padre y ya no sentía casi escrúpulos ante la violencia de la lucha. Padre e hijo abatían a cada hombre que se les enfrentaba con un certero golpe y lo remataban con una única lanzada sin alargar su sufrimiento.

Cástor iba montado en la yegua alta que le había servido de compañera todo el tiempo. Con una larga espada golpeaba sin descanso a sus adversarios desde la montura y las tropas enemigas se retiraban a su paso. Así llegaron al límite exterior de la ciudad, donde Acasto había ubicado los cobertizos de los animales y los graneros construidos a toda prisa para albergar los bienes confiscados.

Los soldados marcharon con gran estrépito junto a las frágiles estructuras, que se desmoronaban bajo su paso. Desde lo alto de las murallas, los soldados de Acasto lanzaron flechas encendidas contra el heno que había servido de techumbre a aquellas armazones. Los ejércitos de Jasón se apartaron del fuego y continuaron luchando contra los que a duras penas resistían en el campo. Sonaron las caracolas del ejército de Acasto y sus soldados se batieron en retirada. El eólida dio la orden de que cesaran los ataques y de que se permitiera a los vencidos entrar en la ciudad. Las puertas se abrieron y los soldados se refugiaron tras ellas, que volvieron a cerrarse de inmediato. El ejército de Jasón se mantuvo a cierta distancia de la muralla con actitud desafiante. La madera de los chamizos se fue consumiendo lentamente entre las llamas y, mientras tanto, las huestes se reagruparon para descansar a una distancia prudencial de aquel incendio transitorio.

Cuando el fuego se hubo extinguido por completo, el esónida envió a uno de los soldados yolcos que se había unido recientemente a sus tropas a parlamentar con el ejército de Acasto. Cuando el emisario alcanzó la puerta principal de la ciudad, un soldado se asomó, venablo en mano, para disuadir al mensajero de que continuara avanzando. El enviado mostró sus manos desnudas para indicarle que iba desarmado.

—Traigo un mensaje de Jasón, nieto de Creteo, fundador de esta ciudad. Como su futuro rey, quiere evitar que su pueblo sufra más daños, incluyendo a los soldados. Llevadle esta propuesta a Acasto: decidle que, si abandona la ciudad y entrega el reino sin oponer resistencia, no habrá represalias contra ninguno de sus súbditos, ni siquiera contra las guarniciones que permanecen a su lado.

El centinela abandonó su puesto y, al cabo de un instante, apareció un oficial que dijo que el rey había salido con su ejército para combatir en el frente marítimo pero que, ciertamente, nadie lo había visto regresar.

—No sabemos si el rey del que hablas vive todavía, si yace en el campo de batalla o si se encuentra refugiado en la ciu-

dad. Necesito tiempo, soldado, para encontrar al destinatario de tu mensaje. Transmíteselo a tu comandante.

Tras estas palabras, desapareció de lo alto de la muralla con los últimos reflejos del atardecer.

∞

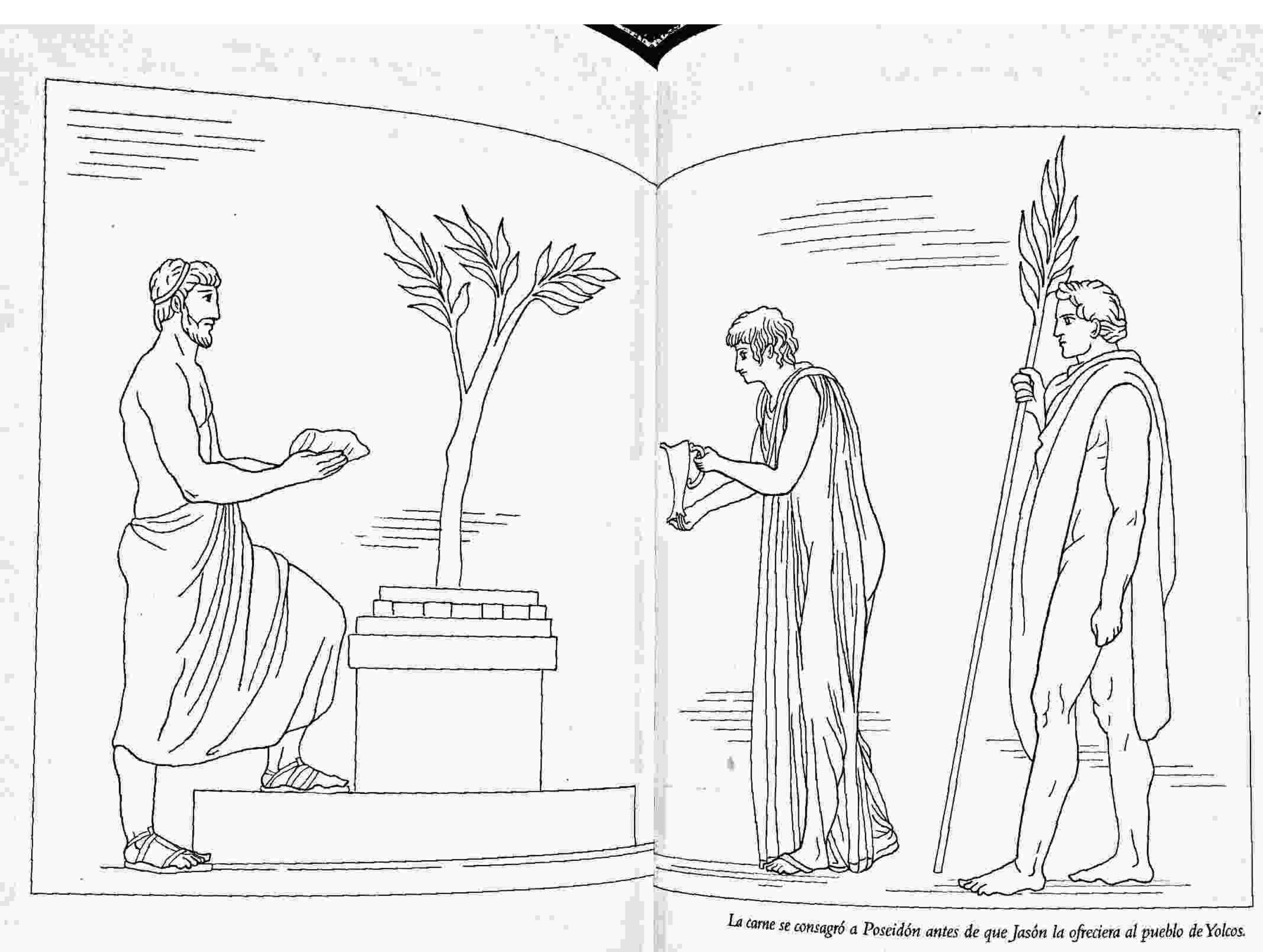
Mientras esperaban que los soldados volvieran con la respuesta de palacio, el esónida hizo traer una gran res frente a las murallas de la ciudad. Había elegido aquella de más desorbitante tamaño, y le prendió una lazada blanca de la larga cornamenta para consagrarla a Poseidón. Su color albahío amarilleaba aún más con la luz arrebolada del cielo vespertino, que cambiaba con el filtro pasajero de las nubes. Desde lo alto de la muralla, algunos hombres y mujeres observaban el ritual, cabeceando de lado a lado. Los hombres de Jasón permanecían en pie con la vista fija en el animal. El esónida concedió el honor de clavar la puntilla a un compatriota que les había acompañado durante muchos años a su hijo y a él en el exilio, y que siempre oficiaba como sacerdote en las ocasiones importantes. Aquel yolco leal le clavó la puntilla al toro en la cerviz y la sangre corrió profusamente hasta mezclarse con la de aquellos que habían caído en la batalla. Una vez concluido el rito, el sacerdote se pasó de matarife a carnicero. Con el torso desnudo, procedió a descuartizar la res con gran pericia. La carne desangrada fue transportada ante la puerta principal de la ciudad, donde Jasón hizo un gesto con los brazos abiertos para ofrecerla a los yolcos hambrientos que observaban desde la altura de los muros. Sus estómagos les impelían a aceptar el presente, pero la desconfianza ante tan inesperado giro del destino tras las

privaciones a las que los había sometido Acasto mantenía sus labios sellados. Entonces, un pelotón compuesto por los hombres que se habían unido a la causa del esónida se acercó a las puertas con antorchas en las manos. Los vigías se cercioraron de que no llevaban armas y vieron que recogían las piezas de carne depositadas en el suelo.

—Dejadnos entrar, yolcos, y aceptad el presente que os envía vuestro legítimo rey —dijo uno de los transportadores.

Mientras hablaba, el resto de la tropa del esónida se mantuvo a distancia para evitar desconfianzas. Tras un lapso en que todo quedó *en silencio*, las puertas se abrieron muy despacio y los tránsfugas que porteaban los restos desangrados del toro entraron con su ofrenda a la ciudad. Cuando el último hubo traspasado el umbral, la puerta se cerró de nuevo y se oyó un leve murmullo mientras repartían aquel preciado sacrificio consagrado por Jasón al señor de los mares para regocijo de los yolcos. La turba recibió a sus compatriotas con acaloradas expresiones de entusiasmo, y luego se abalanzó hacia las suculentas provisiones. Del otro lado de la muralla, los invasores escuchaban la voz de los soldados tratando de poner orden en el reparto. A continuación, oyeron a los porteadores parlamentar con sus compatriotas largamente, señalando aquel gesto del esónida como un indicio más de su nobleza y de su predisposición a guiar a sus futuros súbditos con generosidad.

—Mientras las gentes de Yolcos pasan hambre —oyeron decir a uno de ellos—, Jasón os ofrece el más enorme animal que ha pastado por estos campos, y lo hace en el mismo momento en que el rey Acasto, olvidándose de su pueblo, huye de su responsabilidad, pues nadie sabe dónde se encuentra.



La carne se consagró a Poseidón antes de que Jasón la ofreciera al pueblo de Yolcos.

Uno de los ancianos que había alborotado a las gentes durante el discurso del rey antes de la batalla decía que Acasto había huido con su familia hacia algún lugar secreto, pues cerca de palacio habían visto un carruaje entoldado con cuatro caballos de tiro muy veloces. Entonces, una mujer con un retoño en sus brazos lo contradijo afirmando que aquello había sucedido antes de que el rey se presentase en el ágora. Así estuvieron discutiendo largo rato cuando uno de los soldados que había luchado en las primeras escaramuzas del litoral confirmó que Acasto había salido al frente de la tropa con su caballo y que después su yelmo había sido encontrado ensangrentado, abandonado en medio de la alameda que precedía a las arenas de las playas.

Los interrumpieron los emisarios que regresaban de palacio. Las noticias decían que Acasto permanecía encerrado junto a su guarnición y que denegaba el acceso a cualquiera que se acercase para tratar de pedirle audiencia. Su respuesta era una negativa rotunda a entregar las armas o a rendirse. Los sitiados debían resistir con su vida frente a los invasores y debían verter hasta la última gota de su sangre por su rey. Aquella era su respuesta frente al ofrecimiento de sellar la paz y de que el trono fuera devuelto al caudillo esónida. El anuncio cayó como un jarro de agua fría entre la multitud, y los yolcos deliberaron largamente sobre la posición de sendos reyes en interminables conversaciones.

◇◇◇

Al caer el sol de la jornada siguiente, las puertas de la ciudad quedaron francas. Los de dentro retiraron todos los obstáculos que las obstruían y tanto los soldados como el resto

de los habitantes de Yolcos fueron saliendo desarmados para demostrar que ya no tenían nada que perder. Jasón se hizo acompañar por el rey de Ftía para entrar en la ciudad, flanqueados por un pelotón de mirmidones. Los guerreros vestidos de negro inspeccionaron las calles antes de que el esónida y Peleo pasaran tras de ellos, comprobando que en efecto los soldados yolcos habían abandonado las armas y se habían despojado de las corazas. En sus semblantes se reflejaba el cansancio y la piel de sus torsos, tostada por el sol, mostraba costras de sangre y tierra seca. Aquellas filas de hombres macilentos bajaban la mirada en señal de sumisión hasta que uno de ellos saludó al héroe regresado a la patria como parca bienvenida. Jasón le devolvió el saludo moviendo la cabeza, y entonces los yolcos estallaron en vítores. Sus rostros no reflejaban la derrota de los perdedores, sino la esperanza de encontrarse ante el que se convertiría en su nuevo rey.

Cuando Jasón llegó a las puertas del palacio seguido por su ejército y los ciudadanos de Yolcos, la guardia personal de Acasto, cerrándoles el paso, se dispuso a hacerles frente. Jasón se deshizo de tres de los guardias con rápidas lanzadas y Peleo y sus mirmidones se ocuparon del resto emplazándolos a rendirse. Como los militares de Acasto se negaron, la refriega demoró la inmediata entrada en el palacio, dejando una veintena de cuerpos tendidos en el suelo. Tras atravesar el umbral, en la antesala del mégaron, aparecieron una decena más que no tuvieron mejor fortuna. Cuando Jasón y Peleo entraron en la gran sala principal, Acasto los esperaba sentado con actitud ascética y solemne. Solo la llama de un pebetero iluminaba la figura del hijo del rey Pelias. En el fuego crepitaban olorosas bayas de arrayán.

—Habéis tardado en llegar —dijo Acasto al verlos.

Jasón quiso responderle, pero el rey de Ftía se le adelantó.

—Estaba buscando mi espada. Aquí la traigo —dijo Peleo con actitud amenazante—. El buen centauro quiso mostrarme el lugar apestoso donde la escondiste con tus manos.

Acasto no se dignó a contestarle, aumentando así la ira del comandante de los mirmidones.

—Quisiera saludar a Astidamía —dijo entonces Peleo.

Acasto torció el gesto en una mueca de dolor, pero mantuvo su silencio, por lo que el rey de Ftía se acercó a él con una sombra colérica en el rostro. Jasón se interpuso entre los dos para evitar que la conferencia terminara demasiado pronto y dijo entonces:

—Acasto, tu padre reinó en esta casa ocupando el lugar del mío y el hijo de Pelias se sienta en el trono que pertenece al hijo de Esón. Ahora Jasón tiene un hijo que perpetuará su linaje—dijo señalando a Tésalo—, el legítimo linaje de los eólidas, descendientes de Creteo, fundador de Yolcos.

Tésalo había permanecido silencioso en un rincón observando toda la escena. Salió de la oscuridad y se dejó ver a la luz del pebetero. Mientras, Peleo se retiró de la sala y desapareció por las escaleras hacia el piso superior. La ira había desaparecido de su rostro, pero su fría expresión lo hacía aún más temible.

—¿Quieres que vea en este niño a un futuro rey? —respondió al fin Acasto—. Ni tan siquiera tú te atreves a dejarlo solo en una batalla. ¿Y crees que podría gobernar un reino?

Jasón, como Acasto esperaba, reaccionó colérico.

—¡Calla! —le ordenó Peleo—. Tiéndete ahora de bruces en el suelo y humíllate ante él. ¿No te das cuenta de que

hablas con un príncipe eólida? ¿Puedes decir acaso que desciendes del fundador de Yolcos?

Mientras el esónida hablaba, Acasto se apartó de ellos alejándose de la luz. En la penumbra de la sala sacó una espada que mantenía oculta debajo de su capa. Pero no logró engañar a su enemigo, que se percató de su gesto y se lanzó directo hacia él. Por un momento, los antiguos amigos se miraron a los ojos. Desafiante, Acasto se abalanzó contra el esónida con la espada en alto y, aunque el padre de Tésalo logró esquivar el ataque, su enemigo se dio la vuelta y cortó con el filo de su hierro su torso curtido por los golpes. Jasón dominó el impulso de soltar una de sus lanzas para poner la mano sobre la sangre que le brotaba de la herida. Al contrario, tensionando los brazos, arrinconó al rey con sus dos jabalinas. El otro continuó atacando, pero Jasón lo golpeó en el costado con una de las lanzas y le propinó otro golpe certero en la mano que le hizo perder el arma con la que había desgarrado su flanco.

Acasto profirió un gemido dolorido y trató de alcanzar la espada, que yacía a sus pies sobre el suelo de mármol, inclinándose de ese modo ante Jasón. El esónida, entonces, insertó uno de sus venablos en la cerviz del usurpador, que quedó tendido en el suelo mientras su sangre empapaba el pavimento, como la del toro que el hasta entonces rey de Yolcos sacrificara a Poseidón.

Jasón permaneció en silencio frente al cuerpo ya sin vida de Acasto. Su hijo se acercó a él para tomarlo por el hombro.

—Con qué facilidad mueren los hombres —dijo su padre—. Este que ahora yace cadáver ante nosotros fue en un tiempo como un hermano para mí. Navegamos los dos

juntos en la nave Argo hasta la Cólquide en busca del vellón de oro que legitimaría ante su padre mi derecho al trono de Yolcos. Ahora ya no es nada.

Jasón apartó a su hijo del cuerpo cercado por un charco de sangre. Tras cerciorarse de que el usurpador no podía devolverle la mirada, se volvió hacia su hijo.

—Ahora, hijo, busca al rey de Ftía y dile que Acasto ya descendió de su trono a la morada de los muertos.

◇◇◇

En una estancia oscura del piso superior, siete soldados acechaban a tres muchachas con apariencia de sirvientas. Una de ellas lloraba quejumbrosa en un rincón mientras escuchaba el crujido de las corazas de los hombres, que se desplazaban manteniéndose juntos por si les atacaba algún enemigo emboscado en la penumbra. Uno de ellos intentó tomar a una doncella por el brazo, pero la joven le arañó el rostro con un grito. Al oír el chillido agudo de una voz de mujer, Tésalo, que recorría las estancias del palacio buscando a Peleo alumbrándose con una de las teas del pebetero de Acasto, irrumpió en aquella sala oscura.

Los soldados se hicieron a un lado y el hijo de Jasón iluminó la estancia con el fuego.

—Son solo tres esclavas —dijo el mirmidón con el rostro cruzado de arañazos.

Tésalo las miró de arriba abajo. Él no estaba tan seguro. El porte regio de una de ellas no se correspondía con las ropas que vestía. Siguiendo las órdenes del hijo de Jasón, los mirmidones salieron y Tésalo acercó la tea a las muchachas para verlas más de cerca.

—No temas, Estérope. No voy a hacerte nada —le dijo a la princesa llorosa vestida como una esclava.

Estérope levantó despacio la mirada. La juventud y la dulzura de la voz de Tésalo la tranquilizaron lo suficiente para hacerle la pregunta que le abrasaba en los labios, pues temía la respuesta.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó al fin.

—Está muerto —dijo Tésalo—. Puedes quedarte aquí, si lo deseas. Mi padre es compasivo y compartimos los mismos antepasados. ¿Adónde podrías ir si no permaneces en palacio?

El hijo del esónida se quedó en el dormitorio de las sirvientas con Estérope mientras duraba la toma del palacio, olvidando la orden que le diera su padre de ir en busca de Peleo.

◇◇◇

Jasón, extrañado del tiempo que tardaba en volver Tésalo con Peleo, se encaminó hacia el piso superior por el corredor por el que, durante su áspera conversación con Acasto, había visto desaparecer a su amigo. Mientras inspeccionaba la galería, escuchó un estrépito de pasos y objetos que caían contra el suelo, seguido de unos gritos angustiados de dolor provenientes de la alcoba principal. Jasón subió de dos en dos los peldaños de mármol que conducían al piso superior. Al atravesar la puerta de la estancia, encontró a su amigo frente al cuerpo sin vida de Astidamía, de cuyo níveo cuello aún brotaba la sangre purpúrea. El rey de Ftía sollozaba como un joven desamparado mientras su cuerpo se sacudía. El cadáver de aquella mujer le devolvía a su memoria la perversa muerte de su esposa y los días de duelo interminables. Jasón tocó el hombro de su amigo con deferencia, hacién-

dole comprender que las deudas de honor de ambos quedaban al fin saldadas. Salió entonces el esónida de aquella triste estancia, dejando a Peleo a solas con el recuerdo de las caricias de su esposa perdida. Cuando se hubo alejado lo suficiente para no disturbar a su amigo, dio una orden que resonó con ecos por todas las estancias del palacio:

—¡Difundid las noticias! —exclamó—. ¡Jasón es ahora el rey de Yolcos! ¡Un eólida vuelve a sentarse en el trono!

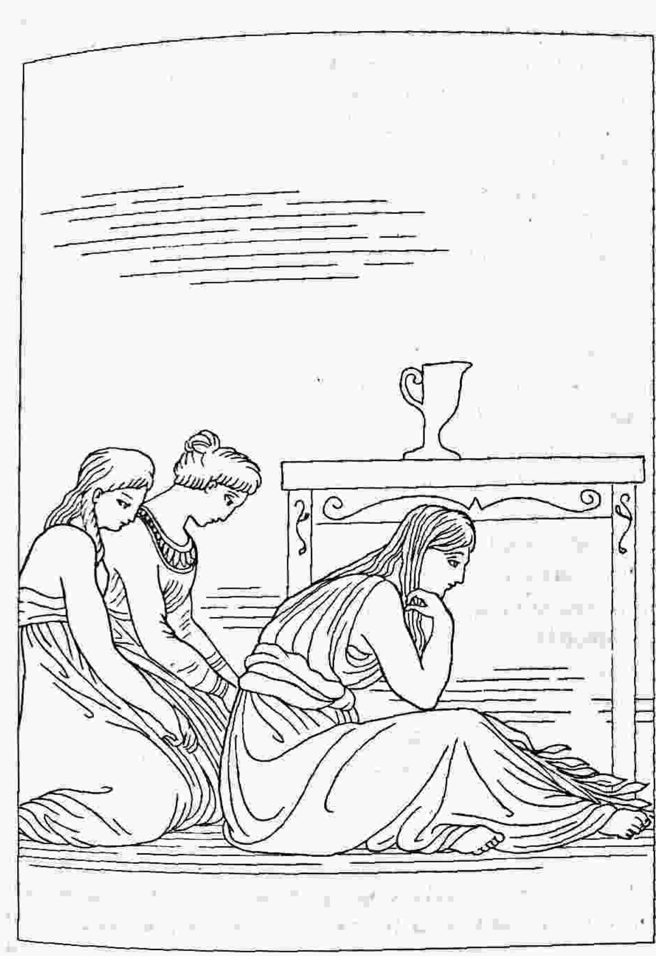
◇◇◇

El pueblo entero de Yolcos se había congregado en la playa de Págasas para despedir entre vítores al rey de Ftía y su ejército de mirmidones. El nieto de Creteo había mantenido su promesa y perdonado la vida a los que le juraron lealtad. Además, repartió entre todos los bienes confiscados a Acasto, e incluso abrió para los más desfavorecidos por la batalla el granero real. Las labores de reconstrucción habían comenzado al día siguiente de la toma de la ciudad con la inestimable ayuda de los mirmidones, y estaban ya casi terminadas.

—Que los dioses te sean favorables en tu travesía, rey Peleo, y que la posteridad retenga el nombre de los mirmidones —gritó un antiguo jefe de las tropas de Acasto.

Las gentes, al oírlo, irrumpieron en vítores dedicados a su nuevo rey y aquellos que lo habían acompañado en la recuperación de su reino.

Emocionado, Jasón abrazó a Peleo frente a la tropa de mirmidones formada sobre la arena. El viento levantó una polvareda y cubrió la figura de los dos héroes, que apenas debían decirse palabras para comprenderse. Tésalo se acercó



El porte regio de una de las sirvientas no se correspondía con las ropas que vestía.

para dejar que el rey de Ftía se despidiera de él, antes de que diera la orden de embarcar.

—Si un día Peleo necesita que acudamos a ayudarlo —le dijo—, Jasón y Tésalo lo corresponderán como él ha hecho.

Peleo entonces lo saludó con la deferencia debida no al príncipe de Yolcos, sino a un admirado compañero de batalla. Ya no era aquel joven que los mirase boquiabiertos en las playas de Corinto mientras relataban las aventuras de los argonautas. Ahora él mismo había viajado en aquella nave, y había compartido con Peleo el fragor de la batalla. El rey de Ftía se volvió hacia su amigo, felicitándolo por la prosperidad que su hijo, digno de él, daría al reino de Yolcos. Sentía que la estabilidad por la que habían recalado por dos veces en aquellas playas estaba asegurada.

—Que los dioses te sean propicios en tu viaje de regreso —dijo Jasón emocionado.

Los dos viejos argonautas se fundieron en un largo abrazo. Cuando se separaron, Peleo dio la orden al jefe de la tropa y los mirmidones comenzaron a embarcar en las dos naves abarloadas junto a la Argo. Los Dioscuros se despidieron con emoción del nuevo rey de Yolcos y su hijo, y embarcaron junto a su viejo amigo, el rey de Ftía. Recogieron las amarras y se hicieron a la mar a la luz de aquella tarde ventosa e intensamente azul, impulsados por las ovaciones de los habitantes de Yolcos, que los despedían entre aclamaciones y agradecimientos, invocando a Poseidón para que les deparase una buena travesía. Jasón y Tésalo quedaron en la playa observando cómo las naves de sus aliados se alejaban mientras los yolcos volvían a sus casas. El esónida echó una larga mirada a la costa y le recordó a su hijo que de allí había partido

en todos sus viajes. Tésalo le respondió que también allí se habían librado las primeras escaramuzas de la batalla que los condujo a la victoria, la primera en la que lucharon juntos. Padre e hijo montaron en sus caballos, que masticaban algunas hierbas crecidas sobre las dunas ajenos a la solemnidad del momento, y cabalgaron hasta la alameda blanca contigua a la hondonada desertizada por las sales. Desde allí, continuaron su camino hasta los campos de labranza, donde Jasón descabalgó. Se agachó para tocar la tierra lentamente. Agarró un terruño y comenzó a realizar movimientos circulares con las palmas de las manos, como si manejara un cedazo para encontrar el brillo de los nobles minerales. Después dejó caer el polvo de barro, como si la filtrara entre sus dedos.

—Mira —le dijo a Tésalo mostrándole las manos.

Tésalo observó la piel de las palmas de su padre manchada de un color ocre ennegrecido.

—Acasto quemó esta tierra para dejar a su pueblo y a su enemigo sin cosechas —prosiguió Jasón—, pero consiguió el efecto contrario al que esperaba.

Tésalo miró a su padre asombrado, pues los campos, tal como decía, estaban devastados.

—El fuego purifica la tierra de los campos, la alimenta. Las llamas liberan a los espíritus de los muertos de la celda de sus cuerpos cuando los humos ascienden a la altura —le respondió su padre.

Tras comprobar el estado de los terrenos que ahora gobernaban, montaron de nuevo en sus caballos y ascendieron hasta las altas llanuras para buscar el curso del Enipeo. Al llegar a su orilla, las aguas reflejaban la luz como un espejo y jugaban a hacer rodar las piedras en su lecho con un canto sereno.

—¿Comprendes ahora por qué Tiro se enamoró de este río sagrado?

Tésalo asintió con la cabeza para no interrumpirlo.

Jasón desmontó y se quedó un instante abstraído frente al agua, con las riendas en la mano. Cuando volvió en sí, le tendió la mano a Tésalo para que descabalgara y juntos se metieron en el agua para limpiarse el polvo y la arena que se les había adherido en las playas y los campos.

◇◇

Mientras nadaban en el río, Tésalo creyó ver la figura de una anciana al otro lado de la orilla, pero no sabía si se trataba de la sombra de una nube o si era una roca recubierta de hierbas mecidas por la brisa. Movido por la curiosidad, se acercó al margen y se puso de pie donde el agua no cubría, acercándose un poco para tratar de distinguir mejor quién o qué era aquella forma. Le pareció que la imagen se levantaba sobre sus piernas y que introducía los pies en el agua para comprobar si estaba fría. Después, la figura se refrescó la nuca y las muñecas. Acto seguido retiró con las dos manos el velo de su túnica y sumergió una pierna en el agua para asegurarse de que la corriente no la arrastraría si decidía bañarse o cruzar a la otra orilla. Tésalo miró la blancura de la pierna enjuta de la anciana, pero le pareció que, bajo el agua, los pies y las rodillas de la mujer eran incluso más jóvenes que los suyos. La anciana levantó la mirada y lo descubrió espiándola mientras realizaba su ablución. Volvió a sentarse en la ribera y le hizo un gesto con la mano para que el joven se acercara. Al volverse para advertir a su padre de que aquella mujer parecía necesitarlos, Tésalo se dio cuenta de que Jasón no estaba.

—¿Podrías ayudarme? —le preguntó la anciana.

Tésalo se acercó nadando hasta aquella enigmática mujer que lo llamaba.

—Mira ahí, al fondo, bajo el agua. Se me ha caído. ¿Podrías recogerla para mí? —le dijo.

Tésalo miró al punto que ella le indicaba y vio un fruto de granada enterrado a medias bajo el cieno.

—Lo intentaré —contestó él.

Se sumergió y buceó unos metros hasta el fondo. Removió con las manos el lodo que ocultaba el fruto y lo recuperó para entregárselo a la anciana. Cuando salió de nuevo a la superficie, la mujer lo esperaba ansiosa por saber si había encontrado su manjar. En aquel momento, a Tésalo le pareció que sus rasgos se habían relajado, como si los profundos surcos de su piel se hubieran hecho más leves. Entonces, la mujer enjugó las gotas que corrían por los ojos del muchacho con su túnica. Tésalo cerró los párpados y, al abrirlos de nuevo, la anciana había desaparecido. En su lugar vio las ramas de un granado que pendían hasta casi tocarlo con su madera nudosa en la cabeza. Los pétalos rojos de sus flores caían como un llanto sobre el río. El joven Tésalo arrancó uno de los frutos y, sosteniéndolo en su mano, lo partió y contempló los dientes ensangrentados de la fruta.

Súbitamente oyó un chapoteo en las aguas y, al volverse, vio a su padre que iba a su encuentro. Jasón, pese a que no se encontraba especialmente fatigado, había caído en un profundo sueño a orillas del río.

—¿Qué haces ahí? —dijo Jasón—. ¿No sabes que ese es el árbol de Hera?

En ese momento, Tésalo comprendió.

—La he visto —concluyó.

Jasón se quedó estupefacto. Hera había sido su benefactora desde el comienzo de sus aventuras, pero ahora parecía dirigirse también a su hijo, honorando así su casa.

—¿Te miraron sus ojos pardos? ¿Qué te dijo? —inquirió Jasón.

Tésalo no pudo responder, sino que se quedó contemplando absorto el fruto sanguíneo que la diosa había querido poner entre sus dedos. Sabía que aquello tenía un significado más profundo de cuanto pudiera parecer una muestra de piedad de la diosa.

Al levantar de nuevo la mirada, vio que en el rostro de su padre se dibujaba una plácida sonrisa de satisfacción.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

La recuperación del trono de Yolcos fue el último gran reto al que se enfrenta Jasón, un héroe que rompe con el arquetipo tradicional por su carácter dubitativo, totalmente contrario al de Peleo, su camarada desde la conquista del vellocino de oro. La aventura supone el enfrentamiento con otro de los protagonistas de aquella gesta, Acasto.

La geografía de la Grecia mitológica suele coincidir con la de la Grecia micénica, una civilización de habla griega que, desde el siglo XVII a. C. y hasta su abrupto derrumbe a finales del siglo XII a. C., se expandió por el centro y el sur de la península helénica y por el mar Egeo. Los nombres de muchas de sus ciudades están estrechamente ligados a algunos de los mitos más populares: la ciudad que bautiza a esa cultura, Micenas, «la rica en oro» de que hablaba el poeta Homero (siglo VIII a. C.), se relaciona así con el rey de reyes Agamenón, el caudillo que lideró la conquista de Troya, mientras que Esparta lo hace con su hermano Menelao y con Helena, cuya belleza causó esa guerra. Tirinto, por su parte, evoca a Hércules; Pilos, a Néstor; Tebas, a Edipo... Algunas de estas ciudades se levantaron del colapso micénico y llegaron a tener un papel relevante en la historia de Grecia. Fue el caso, por ejemplo, de Esparta. Otras, en cambio, nunca alcanzaron ni la sombra de su esplendor, pero su recuerdo se ha mantenido vivo gracias a la memoria mítica. Entre estas se encuentra Yolcos.

Hablar de Yolcos significa hablar de Jasón, de su padre Esón y de su tío Pelias, el usurpador. Pero también de la aventura de la primera navegación por el aciago mar a bordo de la nave Argo, en un viaje que es tanto de descubrimiento geográfico como iniciático para sus protagonistas, los argonautas. Y, por supuesto, supone hablar de Medea, la fascinante y temible hechicera de la Cólquide, personaje tan rico y dramáticamente potente que eclipsa con facilidad a Jasón desde que hace su aparición.

UN PALACIO DESTRUIDO POR EL FUEGO

Mas toda esta riqueza mítica choca con la escasez de noticias referidas a Yolcos entre los autores antiguos. De hecho, las fuentes apenas la mencionan. El geógrafo Pausanias (siglo II d. C.) solo se refiere a ella en su *Descripción de Grecia* con relación al mito, aunque bien es cierto que la región de Tesalia en la que se levantaba Yolcos no aparece tratada en su obra. Otro geógrafo, Estrabón (h. 64 a. C.-h. 21 d. C.), aporta algo más de información en su *Geografía*, donde apunta: «Yolcos fue arrasado en tiempos remotos, pero fue de allí que Pelias despachó a Jasón y el Argo». Más adelante señala que las responsables de esa destrucción fueron «las sediciones y las tiranías, después de que su poder se hubiera incrementado mucho». El dato más interesante que proporciona es el de que todos sus habitantes, así como los de otros emplazamientos vecinos, fueron trasladados a una nueva ciudad, Demetríade, fundada en 294 a. C. por el rey Demetrio Poliorcetes de Macedonia (h. 337-283 a. C.).

Tampoco es mucho lo que aporta la arqueología, y lo que hay no es comparable en absoluto con otros centros micénicos, como Micenas o Tirinto. Los arqueólogos han identificado Yolcos con un

yacimiento encontrado cerca de Dímini, una aldea situada en la región de Tesalia, al norte del golfo Pagasético. Aunque hoy se encuentra a tres kilómetros del mar, lo que casa poco con un mito referido a los inicios de la navegación, en la Edad del Bronce, cuando floreció la ciudad micénica, la línea de costa se hallaba a un kilómetro escaso. Las excavaciones realizadas en la vertiente sudeste de una colina orientada hacia el mar han puesto al descubierto un palacio, el único de este tipo de toda la región. El poder político, económico y religioso se concentraba en esta construcción de mediados del siglo XV a. C., pero que conoció su mayor esplendor entre los siglos XIII y XII a. C. De entonces datan sus dos *megara* (los salones característicos de estos centros palaciales, constituidos por un pórtico, un vestíbulo y la sala principal), así como un patio interior y dependencias usadas como talleres y almacenes. Un incendio destruyó el complejo entre finales del siglo XIII y principios del siglo XII a. C. No solo no fue reconstruido, sino que el resto del asentamiento, sin que haya trazas en él de destrucción, fue abandonado casi inmediatamente después por razones que se desconocen.

EL HÉROE QUE DUDA

Yolcos, pues, no es tanto un lugar real, «tangible», como pueden serlo Micenas o Troya, sino su mito y los personajes que lo protagonizan, el primero de todos, Jasón. Hijo de Esón, capitán de los argonautas, conquistador del vellocino de oro y esposo infiel de Medea, es alguien que rompe con el estereotipo heroico por su tendencia a sopesar los pros y los contras, las posibilidades de éxito y de fracaso antes de pasar a la acción. Y no por miedo, pues una vez lanzado al combate no le tiembla el pulso, sino porque así es su carácter. Ese

rasgo dubitativo se aprecia con fuerza en el poema épico *Las argonáuticas*, de Apolonio de Rodas (295-215 a.C.), que narra la expedición a la lejana Cólquide en pos del vellocino. En él, en numerosas ocasiones se ve a Jasón «presa de la incertidumbre» ante los retos que se le imponen: «Largo rato estuvo haciendo dar vueltas a sus pensamientos y en modo alguno podía aceptar resueltamente, ya que la empresa tenía las trazas de ser desmesurada», dice el poeta. En contraste, Peleo, su compañero en esa aventura y también en la de la conquista del trono de Yolcos, es un héroe de raza que confía en su destreza y su fuerza, y por tanto, incapaz de echarse atrás ante nada, «puesto que la pena peor que nos puede afligir es la muerte».

En el fondo, Jasón es un héroe pragmático, lo que lo lleva a implorar la ayuda de Medea para hacerse con el vellocino de oro, aunque ello le valga la burla del resto de argonautas, como Idas en el mismo poema de Apolonio: «¡Ay!, sin duda hemos venido aquí con unas mujeres por compañeros en esta expedición, las cuales llaman a Afrodita para que venga a socorrernos. Con los ojos puestos no ya en el gran vigor de Ares, sino en palomas y halcones, os apartáis de la lucha. ¡Malditos! No pensáis ya en las tareas de la guerra, sino en seducir con súplicas a débiles doncellas». Medea, sin embargo, no es ni mucho menos una «débil doncella». Tiene el carácter que le falta a Jasón, de tal modo que si los argonautas se hacen con el vellocino y consiguen arribar sanos y salvos a Yolcos es gracias a la hermosa hija del rey Eetes y no tanto a su caudillo, aunque él se lleve toda la gloria, como enseñan los vasos de cerámica pintada de la Grecia clásica. Mas Medea ya no está en esta aventura de la conquista del trono de Yolcos. Su destino se ha separado del de Jasón y, como siempre, con sangre de por medio: la de sus propios hijos, vertida como castigo por la infidelidad de su esposo, quien la abandonó para casarse con una princesa corintia, Creúsa.

EL PROTAGONISMO DE PELEO

Pero aun sin ese apoyo, Jasón no es tampoco un héroe resolutivo en la que debía ser la última de sus gestas: la recuperación del trono usurpado por Pelias y heredado por el hijo de este, Acasto. El episodio ha quedado eclipsado por otros del mito y lo cierto es que la literatura referida a él es muy escasa. Más aun, algunas fuentes directamente obvian la figura de Jasón para centrar todo el protagonismo en Peleo, el esposo de la nereida Tetis y padre del héroe Aquiles. Es lo que sucede en un fragmento conservado de una obra conocida como *Catálogo de mujeres* y tradicionalmente atribuida al poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.), en el que se lee: «Desde la espaciosa Yolcos, a Ftía, madre de ovejas, llegó llevando muchas riquezas el Eácida Peleo, caro a los dioses inmortales. A todas las gentes se les llenó de envidia el ánimo cuando vieron cómo había



Este cáliz de figuras rojas representa el momento en que Jasón, coronado por una Victoria alada por el éxito de su expedición a la lejana Cólquide a bordo de la nave Argo, entrega el vellocino de oro a su tío Pelias. El rey, sin embargo, se niega a cederle el trono de Yolcos que él había usurpado a su legítimo dueño, su hermano Esón, el padre de Jasón. La pieza, datada en el último tercio del siglo IV a. C., procede de la región italiana de Apulia y se conserva en el Museo del Louvre de París.

arrasado la bien construida ciudad [de Yolcos]». Y lo mismo sucede en la tercera de las odas *Nemeas* del poeta lírico Píndaro (518-438 a.C.): «En antiguas hazañas gozose el príncipe Peleo, haciéndose a cuchillo su lanza gigante. Él también se apoderó de Yolcos, solo, sin tropa». En la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro (siglo II a.C.), Jasón sí aparece, mas toda la iniciativa corresponde a Peleo que no desea otra cosa que vengarse de Acasto, otro antiguo argonauta, y de la esposa de este, Astidamía: «Peleo, en unión de Jasón y los Dioscuros [Cástor y Pólux], saqueó Yolcos y asesinó a Astidamía, la mujer de Acasto, y luego de haberla partido en trozos, hizo que el ejército pasara entre medias». Esas pocas líneas solventan todo el episodio.

Más oscuro, si cabe, es todo lo referido a Tésalo. El número y los nombres de los hijos de Jasón y Medea no siempre coinciden en los autores antiguos, pero solo uno de ellos, el historiador Diodoro Sículo (siglo I a.C.), en su *Biblioteca histórica*, menciona a este Tésalo: «Jasón vivió en Corinto diez años y tuvo con Medea tres niños: los dos mayores eran gemelos y se llamaban Tésalo y Alcímenes. El tercero, mucho más joven, se llamaba Tisandro». Según el mismo escritor, Tésalo fue el único de sus hermanos que consiguió escapar de la ira homicida de su madre. Huida esta, creció en Corinto, hasta que un día, ya adulto, «enterado de la muerte de Acasto, hijo de Pelias, marchó a Yolcos y tomó el reino que le pertenecía por derecho de nacimiento. Sus súbditos fueron, a partir de él, llamados tesalios». Por lo que se desprende de este fragmento, la conquista del trono nada tuvo de cruenta, y si Jasón no aparece mencionado en él se debe a que en el momento de ocurrir el hecho, ya no se hallaba en el mundo de los vivos. Cuenta Diodoro que se suicidó abrumado por la pérdida de sus hijos y de su esposa Creúsa a manos de Medea.

Para complicar más el asunto, otras tradiciones vinculan a Tésalo con orígenes que nada tienen que ver con el argonauta. Una de ellas lo hace hijo de Hércules y Calcíope. Rey de la isla de Cos, envió a sus hijos a combatir en la guerra de Troya, y fueron precisamente ellos los que, una vez conquistada la ciudad, se establecieron en un territorio al que, en honor a su padre, bautizaron como Tesalia. El padre de la historia, Heródoto (484-425 a.C.), en cambio, habla de los tesalios como oriundos de Tesprocia, en la costa jónica de Grecia. Su rey, según los historiadores latinos posteriores, se llamaría Tésalo, hijo de Graico.

EL ASESINATO DE PELIAS EN YOLCOS

Como puede verse, el episodio de la conquista del trono de Yolcos por Jasón apenas ha dado de sí algunas líneas en autores como Píndaro, Apolodoro o Diodoro Sículo. Todo lo contrario que la gesta del viaje a la lejana Cólquide para hacerse con el vellocino de oro. Esa es la materia tratada por el mencionado Apolonio de Rodas con acentos que ya no son los de la épica tradicional, como se aprecia en el peso que adquiere en el poema el amor entre Jasón y Medea: «Amor de perdición, gran calamidad que tanto odian los humanos, [pues] de ti vienen las zozobras de las malditas discordias, los gemidos y trabajos, y sobre estos, otros infinitos dolores». El poema acaba con la llegada de la expedición al hogar, bien porque el resto del poema original se ha perdido, bien porque Apolonio quiso que acabara así, con un final feliz que le ahorrara tener que dar cuenta del atroz fin de Pelias. La muerte impidió al romano Valerio Flaco (siglo I d.C.) acabar su propia versión de *Las argonáuticas*, aún más retórica y declamatoria que la del griego, pero rica también en

Las malas muertes de Jasón

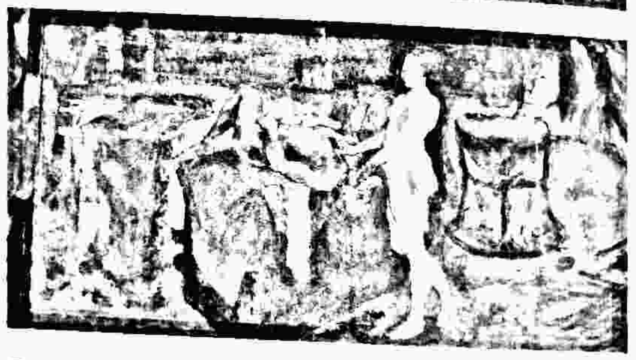
En la tragedia *Medea*, del ateniense Eurípides (h. 484-406 a. C.), la protagonista, una vez asesinados sus hijos y Creúsa, la esposa corintia de Jasón, le dice a este antes de abandonar Corinto sobre un carro tirado por dragones: «Yo me iré a la ciudad de Erecteo [Atenas], a vivir en ella con Egeo, vástago de Pandión, y tú, como es debido, morirás malamente habiendo visto el fin acerbo de tus vidas». Aunque la forma en que ha de cumplirse esta profecía es algo que la hechicera de la Cólquide no especifica, la tradición mítica presenta todo un ramillete de posibles finales del héroe que confirman esas palabras. Otra tragedia, una *Medea* de Neofrón (siglo v a. C.), de la que solo han sobrevivido algunos fragmentos, concreta algo más al señalar que será el propio Jasón quien se dé muerte. Esa es la vía que sigue el historiador Diodoro Sículo, quien sitúa el suicidio en Corinto y lo justifica por la desesperación que el héroe siente ante la magnitud de la venganza de Medea. No obstante, el final más habitual es el que hace a Jasón víctima de la nave con la que logró su gesta más celebrada: la conquista del vellocino de oro. Al término de ese viaje, la Argo fue llevada a Corinto y consagrada como exvoto a Poseidón, el dios de los mares. Jasón, quizá llevado por la añoranza de su juventud viajera y aventurera, solía ir a menudo al lugar en el que se hallaba varada. Y así fue hasta que un día, mientras dormitaba a su sombra, un madero corroído por la podredumbre le cayó encima con tan mala fortuna que lo mató.

episodios de singular fuerza, como la matanza de los hombres de Lemnos por sus mujeres o la muerte del padre de Jasón, quien se lleva como última visión de sus ojos el asesinato de su hijo menor. Otro romano, Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), sí abordó en su largo poema *Metamorfosis* el original y perverso modo que Medea tiene de deshacerse de Pelias: engaña a las hijas del rey de Yolcos para que crean que degollándolo, descuartizándolo y vertiendo los restos en un caldero de agua hirviendo lograrán que resucite con su vigor juvenil recuperado. «¿Por qué dudáis ahora, cobardes? —les dice la hechicera—. Empuñad las espadas y sacad la sangre vieja, para que pueda rellenar yo de sangre joven las venas vacías. En vuestras manos está la vida y la edad de vuestro padre; si sentís amor de hijas y no alimentáis vanas esperanzas, cumplid este deber filial y expulsad su vejez con las armas; descargad el hierro y derramad su sangre purulenta.» Mas el milagro no se produce y las hijas, creyendo hacer un bien, cometen el peor de los crímenes: el parricidio. Tras ese asesinato del rey de Yolcos, Medea y Jasón se exilian en Corinto. Ahí se sitúa la acción de la tragedia *Medea* de Eurípides, en la que el hijo de Esón no es más que un horrorizado espectador de la locura vengadora de la que fuera su esposa.

LA JUVENTUD DE JASÓN

En las artes plásticas y musicales sucede lo mismo que en las literarias. Yolcos es el escenario del que parte y al que regresa la expedición de los argonautas, y es el lugar en el que el rey Pelias es asesinado, y a eso se circunscriben los artistas y músicos cuando se refieren a esa ciudad. La lucha con Acasto para hacerse con el trono, en cambio, es ignorada.





Entre 1582 y 1584, los Carracci pintaron para el Palazzo Fava de Bolonia dieciocho paneles alusivos al mito de Jasón y los argonautas. La imagen superior muestra la construcción de la nave Argo fuera de las murallas de Yolcos; Pelias, en el centro de la composición, visita las obras, quizá anhelando descubrir algún defecto en la embarcación que signifique la perdición de Jasón. Abajo, el asesinato de Pelias, que muestra una Medea que con aterradora naturalidad degüella al rey. El panel, no obstante, también se ha interpretado como el rejuvenecimiento de Esón, el padre de Jasón.

La pintura de vasos cerámicos ya trata el tema de la muerte de Pelias en piezas como un *pixis* (recipiente para contener ungüentos, abalorios o joyas) de figuras rojas del siglo v a.C. en el que se ve al decrépito rey acercándose confiado al caldero del que no saldrá vivo. La misma escena forma parte del programa decorativo que los italianos Carracci —los hermanos Annibale (1560-1609) y Agostino (1557-1602), y su primo Ludovico (1555-1619)— llevaron a cabo en el Palazzo Fava de Bolonia: dieciocho paneles al fresco que recrean toda la aventura de los argonautas con un estilo que destaca por su estilizado clasicismo, incluso a la hora de retratar la violencia. Todo lo contrario que en el óleo *El asesinato de Pelias*, del romántico francés Georges Moreau de Tours (1848-1901): el rey, caído en un banco, apenas tiene fuerzas para levantar un brazo y defenderse de las puñaladas que se aprestan a darle sus hijas. El marco arquitectónico y las ropas de las jóvenes remiten a la moda orientalista que invadió la pintura francesa decimonónica.

En música, puede mencionarse *Jasón*, del italiano Francesco Cavalli (1602-1676), la ópera italiana más representada en el siglo XVII. Se trata de una obra que, aunque inspirada en *Las argonáuticas* de Apolonio de Rodas, adapta libérrimamente el mito hasta convertirlo en algo nuevo y fantasioso, lleno de batallas, líos amorosos entre los distintos personajes e incluso números cómicos protagonizados por criados y soldados. Una obra, pues, que gracias a sus muchas licencias consiguió sacar esta historia de los círculos humanistas de su tiempo y acercarla a un público mucho más amplio.

Índice